

MAURICE BLANCHOT
**THOMAS
EL OSCURO**



TRADUCCIÓN DE MANUEL ARRANZ

Lectulandia

Uno se jacta de leer y disfrutar a Maurice Blanchot, de recorrer, palabra por palabra, ese mundo intransferible e incomunicable del hombre, de todo hombre. No resulta exagerado afirmar que en sus escritos literarios (¿cuáles no lo son?) el pensador francés nos permite acceder a una tierra desconocida enarbolada por el lenguaje. Innumerables miradas y evocaciones que reviven el mito de lo que pudo ser y fue, y otras, muchas, que intensifican el otro, el que asegura que pudo ser, pero se truncó el camino. *Thomas el oscuro* es el mejor ejemplo, es uno de aquellos libros que contienen el universo y lo niegan, para ir del más acá al más allá, prescindiendo de accesorios y aferrándose al único equipaje importante, al único camino: el lenguaje.

El amor surge como un pretexto, una vía de acceso para la razón, es decir, para el relato. Cada página contiene un complejo vuelco de la verdad (de la verdad del relato) que semantiza lo imaginado y expone, con prodigiosa firmeza, lo que se ha contemplado o, en nuestro caso, lo que hemos leído. El lector, que en un principio avanzaba con desconfianza no puede sino sumarse al mundo ofrecido y entregarse, ofrecerse para el holocausto con total ausencia de escepticismo. Si bien el libro es una aldea de difícil acceso, es, de igual forma, un bello paisaje propicio para la mirada y en el que vale la pena insistir. Convergen con exactitud el amor y la muerte, y se aniquilan, asimismo, la vitalidad y la esperanza. En todo caso, en tan complejo ejercicio de contemplación la novela no nos desampara, no se permite la distancia ni el olvido y, ofreciéndonos un hermosa historia, acaso de amor entre Thomas y Anne digna de Orfeo y de Eurídice, nos involucra en la desconfianza hacia la vida y, lo que es mejor, hacia la muerte.

Lectulandia

Maurice Blanchot

Thomas el oscuro

ePub r1.0

Titivillus 24.01.16

Título original: *Thomas l'Obscur*
Maurice Blanchot, 1941
Traducción: Manuel Arranz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

THOMAS se sentó y contempló el mar. Durante algún tiempo permaneció inmóvil, como si hubiese ido allí para seguir los movimientos de los otros nadadores y, aunque la bruma le impidiese ver muy lejos, mantuvo obstinadamente los ojos fijos en aquellos cuerpos que flotaban con dificultad. Luego, atraído por una ola más fuerte, descendió a su vez por la pendiente de arena y se deslizó entre los remolinos que le sumergieron rápidamente. El mar estaba tranquilo y Thomas tenía costumbre de nadar largo rato sin cansarse. Pero hoy había elegido un itinerario nuevo. La bruma ocultaba la orilla. Una nube había descendido sobre el mar y la superficie se perdía en un resplandor que parecía la única cosa verdaderamente real. Los remolinos le sacudían, y sin embargo no tenía la sensación de estar en medio de las olas y de moverse entre elementos conocidos. La impresión de que faltaba el agua imprimía a su esfuerzo por nadar el carácter de un ejercicio frívolo que no conseguía más que desalentarle. Quizá le hubiera bastado dominarse para escapar a tales pensamientos, pero no viendo nada a lo que aferrarse, tenía la impresión de contemplar el vacío en busca de algún apoyo. Fue entonces cuando el mar, soliviantado por el viento, se desencadenó. La tempestad lo agitaba, lo dispersaba en regiones inaccesibles, las ráfagas alborotaban el cielo y, al mismo tiempo, reinaban un silencio y una calma tales que hacían pensar que todo había terminado. Thomas trató de liberarse del incómodo oleaje que le invadía. Un frío intenso le paralizaba los brazos. El agua giraba en torbellinos. ¿Era aquello realmente agua? Unas veces la espuma revoloteaba ante sus ojos como copos blanquecinos, otras la ausencia de agua absorbía su cuerpo y lo arrastraba violentamente. Respiró más despacio; durante algunos instantes conservó en la boca el líquido que las ráfagas le arrojaban contra la cara: dulzura tibia, brebaje extraño de un hombre privado del gusto. Luego, ya fuera a causa del cansancio o por alguna otra razón desconocida, sus miembros le produjeron la misma sensación de extrañeza que el agua en que se movían. Al principio encontró esta sensación casi agradable. Mientras nadaba, se abandonaba a una especie de ensueño en el que se confundía con el mar. La embriaguez de salir de sí, de deslizarse en el vacío, de dispersarse en el pensamiento del agua, le hacía olvidar toda inquietud. E incluso cuando aquel mar ideal con el que se fundía cada vez más íntimamente se convirtió a su vez en el verdadero mar en que él estaba como ahogado, no se sobresaltó todo lo que debería: había sin duda algo de insoportable en nadar así, a la aventura, con un cuerpo que le servía únicamente para pensar que nadaba; pero experimentaba también un alivio, como si por fin hubiese descubierto la clave de la situación y no tuviese más que continuar, con una ausencia de organismo en una ausencia de mar, su interminable viaje. La ilusión no duró. No tuvo más remedio que balancearse de un lado a otro, como un barco a la deriva, en el agua que le concedía un cuerpo para nadar. ¿Qué hacer? ¿Luchar para no ser arrastrado por la ola que era su brazo? ¿Dejarse sumergir? ¿Ahogarse amargamente? Aquél pudo ser,

en efecto, el momento de detenerse; pero todavía le quedaba una esperanza y nadó como si en el corazón de su restablecida intimidad hubiese descubierto una posibilidad nueva. Nadaba, monstruo privado de natatorias. Bajo el microscopio gigante se hacía un amasijo decidido de pestañas y vibraciones. La tentación tomó un carácter completamente insólito cuando trató de deslizarse de la gota de agua a una región vaga y sin embargo infinitamente precisa, algo así como un lugar sagrado, tan apropiado para él que le bastaba con estar allí para existir; aquello era como un hueco imaginario donde se hundía porque ya antes de haber estado allí llevaba su huella. Así es que hizo un último esfuerzo para introducirse totalmente. La cosa fue fácil; no había ningún obstáculo. Y en tanto se instalaba en aquel lugar al que nadie más que él podía acceder, se reencontraba a sí mismo.

Por fin tuvo que regresar. Encontró sin dificultad el camino de vuelta apoyándose en un lugar que utilizaban algunos nadadores para zambullirse. El cansancio había desaparecido. Conservaba en los oídos algo así como el recuerdo de un zumbido y los ojos le escocían como era de esperar después de una larga permanencia en el agua salada. Se dio cuenta de ello cuando al volverse hacia la superficie infinita sobre la que se reflejaba el sol, trató de reconocer en qué dirección se había alejado. Una auténtica niebla le nublabla la vista y distinguía cualquier cosa en aquel vacío turbio que sus miradas atravesaban febrilmente. A fuerza de mirar, descubrió un hombre que nadaba a lo lejos, medio perdido bajo el horizonte. A semejante distancia el nadador se le perdía continuamente de vista. Lo veía, dejaba de verlo, y sin embargo tenía la sensación de seguir todas sus evoluciones: no sólo de percibirlo perfectamente en todo momento, sino incluso de sentirse cerca de él de un modo particularmente ínfimo y como no hubiera podido estarlo por ningún otro contacto. Permaneció largo rato observando y esperando. Había en aquella contemplación algo doloroso, algo que era como la manifestación de una libertad obtenida por la ruptura de todos los lazos. Su semblante se turbó y adquirió una expresión inusitada.

II

Finalmente se decidió a volver la espalda al mar y se internó en un bosquecillo donde, al cabo de algunos pasos, se tendió. El día estaba a punto de terminar; apenas quedaba luz, aunque todavía podían distinguirse ciertos detalles del paisaje y, en particular, la colina que recortaba el horizonte y brillaba, desdeñosa y libre. Lo que inquietaba a Thomas era el estar recostado en la hierba y desear continuar allí largo rato, a pesar de estarle prohibida esa postura. En vista de que caía la noche trató de incorporarse y, con las dos manos apoyadas en el suelo, puso una rodilla en tierra, mientras su otra pierna se balanceaba; luego, hizo un brusco movimiento y consiguió mantenerse erguido. Estaba, por lo tanto, de pie. A decir verdad había en su manera de ser una indecisión que abrigaba algunas dudas sobre todo lo que hacía. Así, aunque tuviera los ojos cerrados, no parecía que hubiese renunciado a ver en las tinieblas; era más bien lo contrario. Del mismo modo, cuando se puso a andar, daba la impresión de que no eran sus piernas, sino su deseo de no andar lo que le hacía avanzar. Descendió a una especie de gruta que, en un principio, había creído suficientemente ancha, pero que muy pronto le pareció de una exigüidad exagerada: delante, detrás, por encima de él, no importa donde dirigiera las manos, chocaba brutalmente con una pared tan sólida como un muro de cemento; en todas direcciones se le cortaba el camino; un muro infranqueable le rodeaba, y el muro no era el mayor obstáculo, había que contar también con su voluntad firmemente decidida a dejarle dormir allí, en una pasividad semejante a la muerte. Locura, pues; en esa incertidumbre, buscando a tientas los límites de la abovedada fosa, apoyó todo su cuerpo contra la pared y esperó. Le dominaba la sensación de estar siendo empujado hacia adelante por su renuncia a avanzar. Tampoco se sorprendió demasiado, con tanta fuerza su ansiedad le mostraba claramente el futuro, cuando poco más tarde se vio transportado algunos pasos más lejos. Algunos pasos, parecía increíble. Sin duda su avance era más aparente que real, ya que, al no distinguirse el nuevo lugar del antiguo, tropezaba con las mismas dificultades; era, en cierta manera, el mismo lugar del que se alejaba por miedo a alejarse. En aquel momento, Thomas cometió la imprudencia de echar una mirada a su alrededor. La noche era más sombría y más triste de lo que podía esperarse. La oscuridad lo cubría todo, no había ninguna esperanza de atravesar las sombras, pero se palpaba la realidad en una relación de una intimidad perturbadora. Su primera observación fue que todavía podía servirse de su cuerpo, particularmente de sus ojos; y no era que viese algo, sino que lo que miraba, a la larga le ponía en relación con una masa nocturna que percibía vagamente como si formase parte de él mismo, una masa en la que se encontraba inmerso. Naturalmente, sólo formuló esta observación a título de hipótesis, como un punto de vista cómodo al que recurría sólo ante la necesidad de desenmarañar las circunstancias nuevas. Como no había forma de medir el tiempo, esperó probablemente horas, antes de aceptar esta manera de ver; pero fue como si el miedo hubiera hecho presa en él de repente y,

avergonzado, levantó la cabeza albergando una idea que le había estado rondando: fuera de él se encontraba algo parecido a su propio pensamiento que su mirada o su mano podría tocar. Fantasía repugnante. Pronto la noche le pareció más sombría, más terrible que cualquier otra noche, como si brotara realmente de una herida del pensamiento que ya no podía pensarse, del pensamiento tomado irónicamente como objeto por algo distinto al pensamiento. Era la noche misma. Las imágenes de su oscuridad le anegaban. No veía nada, pero lejos de preocuparse por ello, hacía de esta ausencia de visión el punto culminante de su mirada. Su ojo, inútil para ver, adquiría proporciones extraordinarias, se desarrollaba de una manera desmesurada y, extendiéndose sobre el horizonte, dejaba que la noche penetrara en su centro para recibir al día. En medio de este vacío se mezclaban la mirada y el objeto de la mirada. Y no sólo ese ojo, que no veía nada, recelaba algo, sino que incluso recelaba la causa de su visión. Veía como objeto aquello que le impedía ver. Su propia mirada le penetraba en forma de imagen, en el momento en que esa mirada era considerada como la muerte de toda imagen. Esto deparó a Thomas nuevas preocupaciones. Su soledad no le pareció tan completa y tuvo incluso la sensación de que había tropezado con algo real que trataba de deslizarse dentro de él. Quizá habría podido interpretar esta sensación de modo distinto, pero no podía resistir la tentación de lo peor. Su excusa era que ante una impresión tan fuerte y tan penosa era casi imposible no ceder. Incluso si hubiera negado la verdad, habría sentido un gran malestar de no creer en algo excesivo y violento, pues con toda certeza un cuerpo extraño se había alojado en su pupila y se esforzaba por ir más lejos. Era algo insólito, realmente molesto, tanto más molesto cuanto que no se trataba de un objeto pequeño, sino de árboles enteros, de todo el bosque todavía palpitante y lleno de vida. Experimentaba todo esto como una debilidad denigrante y dejó de prestar atención a los detalles de los acontecimientos. Quizá un hombre se había deslizado por la misma grieta; no hubiera podido afirmarlo, pero tampoco negarlo. Sintió como si las olas invadieran la especie de abismo que él era. Todo esto no le preocupaba sino escasamente. No prestaba atención más que a sus manos, ocupadas en reconocer a los seres entremezclados con él de los que discernía parcialmente el carácter: perro representado por una oreja, pájaro en el lugar del árbol sobre el que cantaba. Gracias a estos seres que se entregaban a actos que escapaban a toda interpretación, fueron construyéndose edificios, ciudades enteras, ciudades reales hechas de vacío y de millares de piedras amontonadas, criaturas rodando en la sangre y a veces desgarrando las arterias, que representaban el papel de lo que Thomas llamaba en otro tiempo las ideas y las pasiones. El miedo se apoderó de él, un miedo que no se distinguía en nada de su cadáver. El deseo era ese mismo cadáver que abría los ojos y, sabiéndose muerto, ascendía torpemente hasta la boca como un animal tragado vivo. Los sentimientos, primero le poseyeron, luego le devoraron. Mil manos, que no eran más que su mano, le oprimían cada trozo de su carne. Una mortal angustia le sacudía el corazón. Sabía que su pensamiento, confundido con la noche, velaba alrededor de su cuerpo. Sabía

también, terrible certidumbre, que buscaba una salida para entrar en él. Contra sus labios, en su boca, se entregaba a una unión monstruosa. Suscitaba bajo los párpados una mirada necesaria. Y al mismo tiempo destruía furiosamente aquel rostro que besaba. Ciudades prodigiosas, ciudades en ruinas, desaparecieron. Las piedras fueron arrojadas lejos. Se trasplantaron los árboles. Desaparecieron las manos y los cadáveres. Sólo el cuerpo de Thomas subsistió, privado de sentido. Y el pensamiento, que le habitaba de nuevo, pasó rozando el vacío.

III

Volvió al hotel para cenar. Sin duda habría podido ocupar su lugar habitual en la mesa principal, pero renunció a ello y se mantuvo aparte. Comer, en aquel momento, no carecía de importancia. Por un lado era tentador, porque así se mostraba todavía libre de volverse atrás; pero por otra parte era malo, pues corría el riesgo de reconquistar su libertad a un precio demasiado bajo. Prefirió por tanto adoptar una actitud menos franca y avanzó algunos pasos para ver cómo los demás aceptaban su nueva manera de ser. Para empezar, escuchó; había un ruido confuso, grosero, que unas veces se elevaba con fuerza y otras se atenuaba hasta hacerse imperceptible. Seguramente, no cabía la menor duda, era un ruido de conversación; por lo demás, cuando el lenguaje se hacía más melodioso, reconocía algunas palabras muy simples que parecían escogidas a propósito para que pudiera comprenderlas más fácilmente. Pero insatisfecho con las palabras, sintió deseos de interpelar a las personas que tenía enfrente y se abrió camino hacia la mesa: una vez allí, permaneció callado, observando a aquellas gentes que le parecían tener una cierta importancia. Alguien le hizo señal de sentarse, pero él declinó la invitación. Le llamaron más fuerte y una mujer entrada en años se volvió hacia él preguntándole si se había bañado aquella tarde. Thomas respondió que sí. Hubo un silencio; ¿sería posible una conversación? Sin embargo su respuesta no debía ser muy satisfactoria, pues la mujer le miró con un aire de reproche y se levantó lentamente, como alguien que no habiendo podido concluir su tarea conserva no se sabe qué remordimiento, lo que no impedía que su partida diera la impresión de renunciar de buena gana a su papel. Sin dudarle, Thomas ocupó el sitio libre y, una vez sentado en una silla que le pareció increíblemente baja aunque confortable, no pensó más que en hacerse servir la comida que había rehusado sólo hacía un instante. ¿Era ya demasiado tarde? Le hubiera gustado consultar este punto con las personas presentes. Evidentemente no se mostraban respecto a él francamente hostiles, podía incluso contar con su benevolencia, sin la que no habría sido capaz de permanecer un solo segundo en la sala; pero había también en su actitud algo de falso que imposibilitaba la confianza, e incluso unas relaciones superficiales. Al observar a su vecina, Thomas quedó consternado: era una hermosa muchacha rubia cuya belleza se despertaba a medida que él la miraba. Parecía haber experimentado un vivo placer cuando él se sentó a su lado, pero ahora había adoptado una especie de rigidez, con la voluntad pueril de permanecer ausente, tanto más extravagante cuanto él se aproximaba para obtener de ella algún indicio favorable. Continuó sin embargo mirándola, pues toda su persona, iluminada con una luz extraordinaria, le atraía, y oyendo que alguien la llamaba: *Anne* (con una voz aguda), y al ver que ella, de repente, levantaba la cabeza, presta a responder, se decidió a actuar y, con todas sus fuerzas, golpeó sobre la mesa. Error de táctica, a no dudarle, gesto poco afortunado: el resultado no se hizo esperar. Uno tras otro, como indignados por una extravagancia que no podía tolerarse más que

ignorándola, se fueron encerrando en una reserva contra la que no había ya nada que hacer. Pasarían horas sin que renaciera la menor esperanza, y las mayores pruebas de docilidad estaban tan condenadas al fracaso como todas las tentativas de rebelión. La partida parecía, pues, perdida. Entonces Thomas, para precipitar las cosas, se puso a desafiar con la mirada a todos, incluso a los que le evitaban, incluso a los que, al cruzarse sus miradas, le observaban en aquel momento menos que nunca. Nadie estaba de humor como para soportar por más tiempo aquella mirada vacía, exigente, que reclamaba no se sabía qué y que erraba sin control, pero su vecina la tomó particularmente mal: se levantó, se arregló el pelo, se secó el rostro y dispuso su salida en silencio. ¡Cuánta fatiga en sus movimientos! Hacía sólo un instante que aquel rostro bañado por la luz, el reflejo que iluminaba su vestido, habían hecho su presencia tan reconfortante; y ahora aquella claridad se desvanecía. No había más que un ser cuya fragilidad se traslucía en su belleza ajada y que perdía incluso toda realidad, como si los contornos del cuerpo no hubieran estado dibujados por la luz, sino por una fosforescencia difusa, como emanada, se diría, de los huesos. Ningún estímulo podía ya esperarse de ella. Obstinándose con indecencia en su contemplación, no podía más que hundirse en un sentimiento de soledad, donde por lejos que quisiera llegar, se perdería y continuaría perdiéndose eternamente. A pesar de todo, Thomas no se dejó convencer por simples impresiones. Se volvió intencionadamente hacia la muchacha, aunque de hecho no le había quitado los ojos de encima. A su alrededor, cada cual se levantaba en un desorden y un barullo desagradables. Se levantó a su vez, y, en la sala, sumergida ahora en la penumbra, midió con la mirada la distancia que debía franquear para alcanzar la puerta. En aquel instante se iluminó todo, las lámparas eléctricas brillaron, alumbraron el vestíbulo, irradiaron al exterior desde el que daba la impresión de entrarse como a un espesor cálido y pastoso. En el mismo momento, la muchacha le llamó desde fuera con una voz decidida, casi demasiado fuerte, que resonaba de una manera imperiosa, sin que pudiera distinguirse si esta fuerza venía de la orden transmitida o únicamente de la voz que lo tomaba demasiado en serio. El primer movimiento de Thomas, muy sensible a esta invitación, fue obedecer y precipitarse al espacio vacío. Después, cuando el silencio cubrió la llamada, ya no estuvo tan seguro de haber oído realmente su nombre y se limitó a escuchar con la esperanza de que le llamarían de nuevo. Mientras escuchaba pensó en el distanciamiento de todas aquellas personas, en su mutismo absoluto, en su indiferencia. Era puro infantilismo esperar ver todas las distancias suprimidas por una simple llamada. Era, incluso, humillante y peligroso. Levantó la cabeza y al constatar que todo el mundo se había ido abandonó a su vez la sala.

IV

Thomas se quedó leyendo en su habitación. Estaba sentado, con las manos enlazadas sobre la frente, los pulgares apoyados contra la raíz de los cabellos, tan absorto que ni se inmutaba cuando alguien abría la puerta. Los que entraban, viendo el libro abierto siempre por las mismas páginas, pensaban que fingía leer. Pero leía. Leía con un cuidado y una atención insuperables. Estaba, ante cada signo, en la situación en que se encuentra el macho cuando la mantis religiosa va a devorarlo. Uno y otra se observaban. Las palabras, extraídas de un libro que cobraba una fuerza mortal, ejercían sobre la mirada, que las tocaba, una atracción dulce y placentera a la vez. Una a una, como un ojo medio cerrado, se dejaban penetrar por la intensa mirada que en otras circunstancias no habrían soportado. Thomas se deslizó, pues, por aquellos pasillos, indefenso, hasta que fue sorprendido por la intimidad de la palabra. No era para alarmarse todavía, al contrario, era un momento casi agradable que le hubiera gustado prolongar. El lector consideraba felizmente aquella chispa de vida que no dudaba haber avivado. Se veía con placer en aquel ojo que le veía. Su placer se hizo incluso demasiado grande. Se hizo tan grande, tan implacable, que lo soportó con una especie de terror y que, incorporándose, momento insostenible, sin recibir de su interlocutor ningún signo cómplice, percibió toda la extrañeza que había en ser observado por una palabra como por un ser vivo, y no únicamente por una palabra, sino por todas las palabras que habitaban aquella palabra, por todas aquellas que la acompañaban y que, a su vez, contenían en sí mismas otras tantas palabras, como una procesión de ángeles desplegándose al infinito hasta el ojo de lo absoluto. Lejos de apartarse de un texto tan bien defendido, se entregó con todas sus fuerzas a apropiárselo, rehusando obstinadamente retirar la mirada, creyendo ser todavía un lector profundo, cuando ya las palabras se apoderaban de él y comenzaban a leerle. Estaba atrapado; moldeado por manos inteligibles, mordido por un diente rebosante de savia; penetró, con su cuerpo vivo, en las formas anónimas de las palabras, entregándoles su sustancia, fundando sus relaciones, ofreciendo a la palabra ser su ser. Durante horas permaneció inmóvil, con la palabra ojos, de cuando en cuando, en el lugar de los ojos: estaba inerte, fascinado y desnudo. Incluso más tarde, cuando entregado a la contemplación del libro se reconoció con desagrado bajo la forma del texto que leía, estaba convencido de que en su persona, privada ya de sentido, habitaban palabras oscuras, almas desencarnadas y ángeles de palabras que le exploraban afanosamente, mientras encaramadas sobre sus hombros la palabra *Él* y la palabra *Yo* iniciaban la masacre.

La primera vez que distinguió esta presencia, era de noche. Por una luz que se infiltraba a lo largo de las contraventanas y dividía la cama en dos, veía la habitación completamente vacía, tan incapaz de contener un objeto que era un suplicio para la vista. El libro se pudría sobre la mesa. No había nadie en la habitación. Su soledad era completa. Y sin embargo, cuanto más seguro estaba de que no había nadie en la

habitación, y ni siquiera en el mundo, mayor era su convencimiento de que alguien estaba allí, que habitaba su sueño, alguien íntimamente cerca de él, a su alrededor y dentro de él. Con un movimiento pueril se levantó de la silla tratando de atravesar la noche; intentando con la mano procurarse algo de luz. Era como un ciego que habiendo oído un ruido, encendiera precipitadamente su lámpara: nada podía permitirle distinguir, no importa en qué forma, aquella presencia. Tenía que habérselas con algo inaccesible, extraño, algo de lo que podía decir: eso no existe, y que sin embargo, llenándole de terror, sentía errar en el ámbito de su soledad. Habiendo velado toda la noche y todo el día con aquel ser, y cuando se disponía a descansar, se dio cuenta bruscamente de que otro ser había reemplazado al primero, tan inaccesible, tan oscuro, y sin embargo tan diferente. Era algo así como una modulación en lo que no existía, una manera diferente de estar ausente, un vacío distinto en el que se inflamaba. Ahora no cabía ya la menor duda, alguien se le estaba acercando, alguien que ya no estaba en ninguna parte y en todas a la vez, sino sólo a algunos pasos, invisible y cierto. Con un movimiento que nada detendría, que nada tampoco precipitaría, venía a su encuentro una fuerza de la que no podía aceptar el contacto. Quiso huir. Salió precipitadamente al pasillo. Jadeante y casi fuera de sí, apenas había dado unos pasos cuando constató el progreso inevitable del ser que se le acercaba. Volvió a la habitación. Atrancó la puerta. Esperó, la espalda apoyada contra la pared. Pero ni los minutos ni las horas, agotaron su espera. Se sentía cada vez más cerca de una ausencia cada vez más monstruosa cuyo encuentro requería el infinito del tiempo. La sentía a cada momento más cerca de él, a una distancia ínfima, aunque irreductible. La veía, ser espantoso que se apretaba ya contra él en el espacio y que, existiendo fuera del tiempo, seguía estando infinitamente alejado. Espera y angustia tan insoportables que le liberaron de sí mismo. Una especie de Thomas salió de su cuerpo y fue al encuentro de la amenaza que le acechaba. Sus ojos trataron de mirar, no en el espacio sino en el tiempo y en un punto del tiempo que no existía todavía. Sus manos buscaron un cuerpo impalpable e irreal. Era un esfuerzo tan penoso que aquella cosa, que se alejaba de él y al alejarse trataba de atraerle, le pareció la misma que se acercaba extraordinariamente. Cayó al suelo. Tenía la impresión de estar cubierto de impurezas. Cada parte de su cuerpo sufría una angustia diferente. Su cabeza irremediabilmente topaba con el mal, sus pulmones lo respiraban. Estaba allí, sobre el parqué, retorciéndose, entrando y saliendo alternativamente de sí mismo. Se arrastraba torpemente, apenas diferente de la serpiente que hubiera querido ser para poder creer en el veneno que sentía en la boca. Escondía la cabeza bajo la cama, en un rincón lleno de polvo; descansaba en las deyecciones como en un lugar refrescante donde se veía más propio que en sí mismo. En aquel estado se sintió mordido o golpeado, no podía saberlo, por lo que le pareció ser una palabra, pero que se asemejaba más bien a una rata gigantesca de ojos penetrantes, de dientes puros, un animal todopoderoso. Viéndola a algunas pulgadas de su rostro, no pudo evitar el deseo de devorarla, de arrastrarla consigo a la intimidad más profunda. Se arrojó

sobre ella y, hundiéndole las uñas en las entrañas, trató de hacerla suya. La noche tocó a su fin. La luz que brillaba a través de las contraventanas se apagó. Pero la lucha con aquel horroroso animal que había demostrado una dignidad y una magnificencia incomparables, duró un tiempo que no podía medirse. Era una lucha horrible para aquel ser tirado en el suelo que rechinaba los dientes, se arañaba el rostro, se arrancaba los ojos para tragar al animal y que, de conservar la apariencia de un hombre, habría parecido un demente. Comparado con aquella especie de ángel negro, era casi hermoso, cubierto de un pelo rojo y con los ojos brillantes. Cuando uno creía haber triunfado y veía descender en él, con una náusea incontenible, la palabra inocencia que le corrompía, el otro le devoraba a su vez, arrastrándole al agujero de donde había salido para expulsarlo luego como un cuerpo duro y vacío. Una y otra vez Thomas era empujado al fondo de su ser por las mismas palabras que le habían acosado y a las que él perseguía como su pesadilla y como la explicación de su pesadilla. Se volvía a encontrar siempre más vacío y más pesado, moviéndose con una fatiga infinita. Su cuerpo, después de tantas luchas, se hizo completamente opaco, y, a aquellos que le miraban, daba la impresión apacible del sueño, aunque no hubiera dejado de estar despierto un solo instante.

V

Hacia la mitad de la segunda noche, Thomas se levantó y descendió sin hacer ruido. Nadie se dio cuenta más que un gato medio ciego que, viendo a la noche cambiar de forma, corrió tras aquella nueva noche que no veía. Después de deslizarse en un túnel donde no reconocía ningún olor, aquel gato comenzó a maullar, emitiendo, desde lo más profundo de su garganta, ese ruido ronco con el que los gatos dan a entender que son animales sagrados. Se inflaba y gruñía. Y hablaba, dirigiéndose a la noche, con una voz incomprensible, propia del ídolo en que se había convertido.

«¿Qué está pasando? —decía aquella voz—. Los espíritus con los que me comunico habitualmente, el espíritu que me tira de la cola cuando la escudilla está llena, el espíritu que me despierta por la mañana y me acuesta en un cómodo almohadón y el espíritu, el más hermoso de todos, el que maúlla, ronronea y se me parece tanto que es como mi propio espíritu, todos ellos han desaparecido. ¿Dónde estoy ahora? Por mucho que inspeccione con mi pata, no encuentro nada. Nada en ninguna parte. Estoy al borde de un tejado de donde no puedo más que caer. Y no es caer lo que me aterroriza. La verdad es que ni siquiera puedo caer; ninguna caída es posible; me encuentro rodeado de un vacío extraño que me repele y que no podré atravesar. ¿Dónde estoy entonces? Desdichado de mí. En otro tiempo, convirtiéndome repentinamente en un animal al que podía arrojarse impunemente al fuego, descubría secretos de primer orden. Por un rayo que me cercenaba, por mis zarpazos, conocía las mentiras y los crímenes antes de que fuesen cometidos. Y ahora no soy más que un ser sin mirada. Escucho la voz monstruosa con la que digo lo que digo sin comprender una sola palabra. Pienso, y mis pensamientos me son tan inútiles como lo serían el encrespamiento del pelo y las caricias en las orejas a las extrañas especies de las que dependo. No me queda más que el horror. Me vuelvo y me revuelvo dejando oír el lamento de un animal espantoso. Me siento, horrorosa llaga, con una cara tan grande como la de un espíritu, con una lengua lisa e insípida, lengua de ciego, una nariz deforme, incapaz de presentimiento, con unos ojos enormes, sin esa llama certera que nos permite ver las cosas en nosotros mismos. Mi pelaje se agrieta. Se trata, sin duda, de la operación suprema. Desde el momento en que ya no sea posible, ni siquiera en esta noche, extraer de mí, frotándome el pelo, una luz sobrenatural, todo habrá terminado. Soy ya más oscuro que las tinieblas. Soy la noche de la noche. A través de las sombras de las que me distingo porque yo soy su sombra, voy al encuentro del gato superior. Nada temo ahora. Mi cuerpo, similar en todo al de un hombre, cuerpo de afortunado, ha conservado sus dimensiones, pero la cabeza es enorme. Se oye un ruido, un ruido jamás oído antes. Un resplandor que parece salir de mi cuerpo, aunque débil y húmedo, forma un círculo a mi alrededor que es como otro cuerpo del que no puedo salir. Empiezo a distinguir un paisaje. Mientras la oscuridad se hace más intensa, una enorme figura blanquecina surge ante mí. Digo ante mí guiado por un instinto ciego, pues después de haber perdido la cola enhiesta

que me servía de timón en el mundo, ya no soy manifiestamente yo mismo. ¿Esta cabeza que crece sin cesar y que, en lugar de una cabeza, parece no ser más que una mirada, qué es exactamente? No puedo verla sin angustia. Se menea, se acerca. Está justamente enfrente de mí y, a pesar de ser toda ella mirada, tengo la terrible impresión de que no me ve. Es una sensación insoportable. Si tuviera pelos, los sentiría erizarse alrededor de mi cuerpo. Pero, en mi estado, no tengo siquiera los medios de experimentar el miedo que siento. Estoy muerto, muerto. Esta cabeza, mi cabeza, no puede verme porque estoy aniquilado. Pues soy yo quien me mira y quien no me distingue. Oh, gato superior en que me he convertido en un instante para constatar mi deceso, ahora voy a desaparecer cumplidamente. Dejo, primero, de ser hombre. Me convierto en un pequeño gato frío e inhabitable, tirado en el suelo. Gruño una vez más. Echo una última mirada a este valle que va a cerrarse donde veo un hombre, gato superior él también. Le oigo arañar el suelo con sus garras probablemente. Lo que llaman el más allá ha terminado para mí».

De rodillas, con la espalda doblada, Thomas escarbaba la tierra. A su alrededor se extendían algunas fosas donde se hurtaba el día. Por séptima vez, abría lentamente, dejando en el suelo la huella de sus manos, un enorme agujero que agrandaba a su medida. Y mientras cavaba, el vacío, como si hubiera estado lleno de docenas de manos, de brazos después, y por fin del cuerpo entero, oponía a su trabajo una resistencia que pronto no pudo ya vencer. La tumba estaba llena de la ausencia del ser que absorbía. Un cadáver indesalojable se hundía en ella, encontrando en aquella ausencia de forma la forma perfecta de su presencia. Era aquél un drama cuyo horror presentían, durante el sueño, los hombres del pueblo. Cuando, una vez acabada la fosa, Thomas se arrojó dentro, con una gruesa piedra atada al cuello, tropezó con un cuerpo mil veces más duro que la tierra; el cuerpo mismo del sepulturero dentro ya de la tumba para cavarla. Aquella fosa que tenía exactamente sus medidas, su forma, su espesor, era como su propio cadáver, y cada vez que trataba de escapar de ella parecía un muerto absurdo que hubiera tratado de enterrar su cuerpo en su cuerpo. En lo sucesivo, en todas las sepulturas donde hubiera podido encontrar un sitio, en todos los sentimientos que son también tumbas para los muertos, en aquel aniquilamiento por el que moría sin dejar que se le creyera muerto, había otro muerto que le había precedido y que, idéntico a él, hacía intolerable la ambigüedad de la muerte y de la vida de Thomas. En aquella noche subterrestre a la que había descendido con los gatos y con los sueños de los gatos, un sosias, envuelto en vendajes, los sentidos taponados con siete sellos y el espíritu ausente, ocupaba su lugar; y ese sosias era el único con el que no podía transigir, porque era él mismo, personificado en el más absoluto vacío. Estaba suspendido sobre aquella tumba glacial. Lo mismo que el hombre que se cuelga, después de haber empujado la banqueta que le servía de apoyo, última orilla, en lugar de sentir el salto que ha dado en el vacío, no siente más que la cuerda que le sostiene, resistiendo hasta el final, aferrado más que nunca, ligado como no lo ha estado jamás a la existencia de la que quisiera liberarse,

también él se sentía, en el momento en que se sabía muerto, ausente, completamente ausente de su muerte. Ni su cuerpo, que le dejaba en el fondo de sí mismo el frío que produce el contacto de un cadáver y que no es el frío, sino la ausencia de contacto, ni la oscuridad que exudaba a través de todos sus poros y, aun cuando era visible, hacía imposible servirse de ningún sentido, de ninguna intuición y menos todavía de un pensamiento para verlo, ni ese hecho, que bajo ningún concepto podía pasar por vivo, bastaba para hacerle pasar por muerto. Aquello no era ningún malentendido. Él estaba realmente muerto y al mismo tiempo fuera de la realidad de la muerte. Estaba en la muerte misma, privado de la muerte, hombre espantosamente aniquilado, detenido en la nada por su propia imagen, por aquel Thomas que corría ante él, portador de antorchas apagadas y que era como la existencia de la última muerte. Ahora, mientras pendía todavía sobre aquel vacío donde veía su imagen en una ausencia total de imágenes, sobrecogido por un vértigo de una violencia inusitada, vértigo que no le hacía caer sino que le impedía caer, volviendo imposible la caída a la vez que inevitable, ahora la tierra se disipaba a su alrededor, y la noche, una noche que ya no respondía a nada, que él no podía ver, pero cuya realidad sentía sólo porque era menos real que él, le rodeaba. De todas las maneras, le invadía la impresión de encontrarse en el corazón de las cosas. Incluso en la superficie de aquella tierra donde no podía penetrar, se encontraba en su interior; tocando por todas partes su interior. La noche le acorralaba. Veía, oía la intimidad de un infinito donde él estaba encerrado por la ausencia misma de límites. Sentía como una existencia abrumadora la inexistencia de aquel valle de la muerte. Poco a poco llegaban hasta él los efluvios de un mantillo acre y mojado. Como quien se despierta vivo en su ataúd, veía con horror la tierra impalpable donde flotaba transformarse en un aire sin aire, henchido de los olores de la tierra, de madera podrida, de estopa húmeda. Realmente enterrado ahora, se encontraba, bajo capas amontonadas de una materia que se parecía al yeso, en una cueva donde se asfixiaba. Estaba empapado en un medio helado, entre objetos que le aplastaban. Si todavía existía era para constatar, en aquella habitación llena de flores fúnebres, de luz espectral, la imposibilidad de revivir. Recobraba el aliento en la asfixia. Recobraba la posibilidad de andar, de ver, de gritar en la profundidad de una prisión donde estaba confinado, en el silencio y oscuridad impenetrables. Extraño horror el suyo, mientras, franqueando las últimas barreras, aparecía en la estrecha puerta de su sepulcro, no ya resucitado, sino muerto y con la certidumbre de haber sido arrancado a la muerte y la vida al mismo tiempo. Caminaba como una momia pintarrajeada; miraba el sol que se esforzaba en transformar su rostro ausente en un rostro sonriente y vivo. Caminaba, único Lázaro verdadero cuya muerte misma había resucitado. Avanzaba a través de las últimas sombras de la noche, sin perder nada de su gloria, cubierto de hierbas y de tierra, andando, bajo la caída de las estrellas, con un paso medido, con el mismo paso que, en los hombres que no están envueltos en un sudario, marca la ascensión hacia el punto más precioso de la vida.

VI

Anne le vio acercarse sin sorpresa. Reconocía en él al ser inevitable del que en vano habría tratado de escapar, aquél al que encontraría todos los días. Siempre se dirigía directamente a ella, siguiendo con paso inflexible un camino trazado por encima del mar, las selvas, el cielo mismo. Siempre, cuando no quedaba en el mundo más que el sol y aquel ser inmóvil de pie a su lado, envuelta por su inmovilidad silenciosa, transportada por aquella profunda insensibilidad que la delataba, sintiendo por él condensarse en ella toda la paciencia del universo, Anne, en el momento en que resonaba el estrépito centelleante de la tarde, confundida con el silencio, oprimida por una paz inmensa, sin osar hacer un gesto ni tener un pensamiento, veía arder, morir, con los ojos, con las mejillas encendidas, la boca entreabierta, exhalando un último suspiro, sus formas oscuras a pleno sol, muerta completamente transparente al lado de aquel muerto opaco que junto a ella se espesaba cada vez más y, más silencioso que el silencio, consumía las horas y enajenaba el tiempo. Muerte justa, soberana, momento inhumano y vergonzoso que día tras día se repetía sin que ella pudiera evitarlo. Cada día, él acudía a la misma hora, al mismo lugar. Y era exactamente la misma hora como era también el mismo jardín. Con la ingenuidad de Josué deteniendo el sol para ganar tiempo, Anne creía que las cosas seguían su curso. Pero los árboles terribles, muertos en su follaje verde que no podía secarse, los pájaros que volaban por encima de ella, sin, ¡ay!, engañar a nadie ni conseguir hacerse pasar por vivos, velaban solemnemente el horizonte y le hacían recomenzar eternamente la escena que había vivido la víspera. Sin embargo, aquel día, como si un cadáver al que se lleva de una cama a otra cambiara verdaderamente de lugar, se levantó, caminó delante de Thomas y le arrastró hacia el bosquecillo vecino por un camino donde los que regresaban le veían alejarse o le creían inmóvil. La verdad es que andaba realmente y, con un cuerpo parecido a los demás, aunque estuviese en sus tres cuartas partes consumido, penetraba en una región donde, si él mismo desaparecía, pronto veía a los otros caer en otra nada que los alejaba más de él que si hubiesen continuado viviendo. En aquel camino, cada hombre con el que se cruzaba moría. Cada hombre, si Thomas desviaba los ojos, moría con él de una muerte que ningún grito anunciaba. Los miraba y los veía perder bajo su mirada toda semejanza, con una herida diminuta en la frente por la que escapaba su rostro. No desaparecían, aunque no volvían a aparecer jamás. Cuando surgían a lo lejos, eran seres deformes y mudos. Más cerca, si él los tocaba, si dirigía sobre ellos, ya no su mirada, sino la mirada de aquel ojo reventado e invisible que él era en todo momento cabalmente, más cerca todavía, casi confundido con ellos, tomándolos ya por su sombra, ya por almas muertas, respirándolos, lamiéndolos, impregnándose de sus cuerpos, no recibía la menor sensación, ni la menor imagen, tan vacío de ellos como ellos mismos estaban vacíos de él. Por fin, pasaban. Se alejaban definitivamente. Se deslizaban por una pendiente vertiginosa hacia una región donde nada de ellos era visible ya, a no ser, a veces,

como los grandes regueros de luz, su última mirada fosforescente a ras del horizonte. Era un rebato misterioso y terrible. Detrás de él no más palabras, no más silencio, no más atrás ni delante. El espacio que le rodeaba era lo contrario del espacio, pensamiento infinito donde, los que entraban, la cabeza cubierta por un velo, sólo existían para nada.

En aquel abismo Anne resistía sola. Muerta, disipada en el medio más próximo al vacío, todavía encontraba despojos de seres con los que mantenía, durante el naufragio, una especie de semejanza familiar sobre sus rasgos. Cuando él la abordaba de frente, brutalmente, para sorprenderla, ella le ofrecía siempre un rostro. Cambiaba sin dejar de ser Anne. Era Anne sin parecerse para nada a Anne. Con su rostro y todos sus rasgos, y sin embargo por completo similar a otra, seguía siendo la misma, Anne, Anne completa que no podía negarse. La vio venir por el camino como una araña idéntica a la joven, entre los cadáveres desaparecidos y los hombres vacíos; se paseaba en el mundo desierto con una tranquilidad extraña, última descendiente de una raza fabulosa. Caminaba con sus ocho enormes patas como sobre dos delgadas piernas. Su cuerpo negro, su aspecto feroz que hacía que cuando se disponía a huir pareciera que iba a atacar, no eran diferentes del cuerpo vestido de Anne, del aire ligero que tenía cuando uno trataba de verla de cerca. Avanzaba a trompicones, ya devorando el espacio en algunos saltos, ya acostándose sobre el camino, incubándolo, extrayéndolo de sí misma como un hilo invisible. Sin encogerse siquiera, penetraba en la región que rodeaba a Thomas. Se acercaba irresistiblemente. Se detenía ante él. Así pues, aquel día, sobrecogido por aquella valentía y aquella perseverancia increíbles; reconociendo en ella algo de indolente que no podía desvanecerse en medio de las pruebas y que resonaba como un recuerdo de libertad; viéndola erguirse sobre sus largas patas, mantenerse a la altura de su rostro para comunicar con él, segregando un torbellino de matices, de olores y de pensamientos, se volvió y miró amargamente hacia atrás, como un viajero que, habiendo equivocado el camino, se aleja, se encoge y acaba por desaparecer en el pensamiento de su viaje. Sí, reconocía aquel bosque. Y reconocía aquel sol poniente, y aquellos árboles que se secaban y aquellas hojas verdes que ennegrecían. Intentó sacudir el enorme peso de su cuerpo, cuerpo que no tenía, pero del que se hacía la ilusión, como un cuerpo prestado. Necesitaba sentir aquel calor ficticio que irradiaba de él mismo como de un sol extraño, oír el soplo que brotaba de una fuente imaginaria, escuchar los latidos de un corazón falso. ¿Y ella, la reconocía, aquella muerta emboscada detrás de una semejanza inmunda, dispuesta a aparecer tal como era, en el aire salpicado de pequeños espejos donde sobrevivía cada uno de sus rasgos? «¿Eres tú?», preguntó. De repente, vio una llama en sus ojos, una llama triste y fría sobre un rostro. Tembló en aquel cuerpo desconocido, mientras Anne, sintiéndose penetrar por un espíritu doloroso, una juventud fúnebre que estaba abocada a amar, creía volver en sí misma.

VII

Anne vivió unos días muy dichosos. Hasta el extremo de que no había soñado nunca con una felicidad tan simple y una ternura tan dulce. Con ella él era espontáneamente un ser del que podía disponer sin peligro. Le estrechaba con la mayor libertad mientras apoyaba su cabeza contra ella. Sus palabras, antes de ser pronunciadas, estaban indiferentemente en una de las dos bocas, hasta tal punto él le dejaba hacer lo que ella quería. Había en aquella manera con que Anne jugaba con toda su persona, y en la ausencia de riesgo que le permitía tratar aquel cuerpo extraño como si le hubiera pertenecido, una frivolidad tan peligrosa que cualquiera se habría sentido preocupado. En cambio ella no veía en él más que una boca fútil, miradas distraídas y, en lugar de experimentar desconfianza al comprobar que un hombre al que no podía acercarse, que no podía ni pensar en hacerle hablar, consentía en inclinar su cabeza sobre sus rodillas, se deleitaba con ello. Era, por su parte, una conducta difícil de justificar. De un momento a otro podía preverse, entre aquellos dos cuerpos ligados tan íntimamente por lazos tan frágiles, un contacto que revelaría de una manera espantosa la debilidad de sus vínculos. Cuanto él más se retiraba al interior de sí mismo, más irreflexivamente avanzaba ella. Él la atraía y ella se abismaba en un rostro cuyos contornos imaginaba todavía acariciar. ¿Actuaba así, sin precaución, porque creía estar con alguien inaccesible o, por el contrario, de acceso demasiado fácil? Sus miradas se prendaban de él, ¿era un juego imprudente o un juego desesperado? Sus palabras se humedecían, hasta sus más débiles movimientos la adherían a él, mientras se hinchaba en ella la bolsa de humores de donde extraería quizá, en el momento oportuno, un fuerte poder de adhesión. Se cubría de ventosas. No eran, tanto interiormente como exteriormente, más que llagas en proceso de cicatrización, carne en vías de injerto. Y, a pesar de semejante transformación, continuaba jugando y riendo. En el momento en que le tendía la mano, le dijo:

—En el fondo, ¿quién puedes ser?

No había en esta observación ninguna pregunta propiamente dicha. ¿Cómo hubiera podido, por aturdida que estuviera, interrogar a un ser cuya existencia era una terrible cuestión que se le planteaba a ella misma? Pero parecía encontrar sorprendente y ligeramente chocante, sí, verdaderamente chocante, no haber estado todavía en condiciones, ya no de comprenderle, lo que de por sí habría sido una presunción excesiva, sino, y esta vez la imprudencia rebasaba todos los límites, de recibir algunas informaciones sobre él. Esta audacia no le bastaba, ya que la angustia que sentía por no conocerle, en lugar de tratar de justificarse en su forma insólita por la violencia y la locura de la expresión, estaba presente como una aflicción desenvuelta y casi indiferente. Aquello era, bajo la apariencia benigna que tienen todas estas operaciones, un verdadero esfuerzo por tentar a Dios. Le miró cara a cara:

—Pero ¿quién eres?

Aunque no esperaba oírle responder y estaba incluso segura de que no le

respondería, no le había hecho, en realidad, ninguna pregunta, tan inconcebible era suponer que podría dar una respuesta (por supuesto, él no respondería, ella no le pedía una respuesta, pero, por la pregunta que le había dirigido personalmente a propósito de su persona, fingía poder interpretar su silencio como una negativa accidental a responder, una actitud que podía cambiar un día u otro), era una manera tan grosera de tratar lo imposible que Anne tuvo repentinamente la revelación de la terrible escena en que ella saltaba con los ojos vendados y, en un instante, saliendo de su sopor, percibió todas las consecuencias de su acto y la locura de su conducta. Su primer pensamiento fue impedirle responder. Pues el peligro, ahora que por un acto desconsiderado y arbitrario, acababa de tratarle como a un ser al que podía preguntárselo, era que él se tratase, a su vez, como un ser que podía responder y le hiciese oír su respuesta. Sentía esta amenaza depositada en el fondo de sí misma, en el lugar de las palabras que había pronunciado. Él cogía ya la mano que se le había tendido. La cogía cruelmente, dando a entender a Anne que comprendía sus razones y que, después de todo, quizá había entre ellos un contacto posible. Ahora que ella estaba segura de que con su rigor implacable él le diría, si hablaba, todo lo que tenía que decir, sin evitarle nada, diciéndolo todo para que cuando dejara de hablar, su silencio, el silencio de un ser que no tiene nada más que confesar y que sin embargo no ha confesado nada, fuera todavía más espantoso, ella estaba segura de que hablaría. Y esta convicción era tan grande que le veía como si ya hubiese hablado. Un abismo se abría a sus pies mientras él iba y venía a su lado. La fascinaba. Iba a devorarla transformando las más inesperadas palabras en palabras que ella no podía esperar más.

—Lo que soy...

—Cállate.

Ya era tarde y, aun sabiendo que las horas y los días sólo le concernían a ella, gritaba cada vez más fuerte en las tinieblas. Se acercó; se tendió cara a la ventana. Su rostro desapareció, se plegó sobre sí mismo. Cuando la oscuridad fue completa, volviéndose con una expresión desolada hacia aquel que ella llamaba ahora, en su nuevo lenguaje de los bajos fondos, su amigo, y sin preocuparse del estado en que se encontraba, quiso, como un borracho al que no le sostienen las piernas y que se explica por su embriaguez el hecho de no poder caminar, quiso saber por qué sus relaciones con aquel muerto no progresaban. Por bajo que hubiese caído, y probablemente porque desde aquel agujero se daba perfecta cuenta de que había entre ellos una diferencia, y una diferencia notable, pero no tanto como para que sus relaciones estuviesen condenadas para siempre, desconfiaba de repente de todas las gentilezas que habían intercambiado. En los entresijos en que se ocultaba, se decía con un aire de profunda astucia que no se dejaría engañar por la apariencia de aquel joven perfectamente amable, y con un estremecimiento del corazón recordó sus maneras afables y el placer de su compañía. Y si no llegaba hasta sospecharle hipocresía (ella podía lamentarse, podía llorar en silencio porque él la mantenía a

treinta brazas por debajo de la verdad, entre palabras brillantes y vanas; pero no se le ocurrió, entre sus falsos intentos de hablar de ella y de él con las mismas palabras, que hubiese duplicidad en lo que ella llamaba el carácter de Thomas), era porque con sólo volver la cabeza, en el silencio en que él debía estar, le adivinaba tan impenetrable que sentía lo ridículo que podía ser llamarle hipócrita. Él no la engañaba, y sin embargo ella estaba siendo engañada por él. La traición giraba en torno a ellos, tanto más terrible cuanto que era ella la que le traicionaba y se engañaba a sí misma sin la esperanza de poner fin a semejante desvarío, porque, al no saber quién era él, era siempre a otro al que encontraba en su seno. La noche aumentaba también su error, y el tiempo, que le hacía recomenzar sin tregua las tentativas, siempre las mismas, en las que se sumía con un aire humillado y hosco. Era una historia vacía de acontecimientos, vacía hasta el punto de que todo recuerdo y toda perspectiva eran suprimidos, y que, sin embargo, extraía de esta ausencia su curso inflexible que parecía arrastrarlo todo con un irresistible movimiento hacia una catástrofe inminente. ¿Qué iba a suceder? Ella no sabía nada, pero, empleando toda su vida en la espera, su impaciencia se confundía con la esperanza de participar en un cataclismo general donde, al mismo tiempo que los seres, serían suprimidas las distancias que separan a los seres.

VIII

En este nuevo estado, sintiéndose devenir ella misma una realidad enorme e inconmensurable con la que alimentaba su esperanza, como lo haría un monstruo del que nadie, ni siquiera ella, conociera la existencia, se enardeció una vez más y, rondando alrededor de Thomas, acabó por atribuir a motivos cada vez más fáciles de descubrir las dificultades de sus relaciones con él; pensando por ejemplo que era anormal que no se pudiera saber nada de su vida y que permaneciera, en cualquier circunstancia, anónimo y privado de historia. Una vez decidida a probar aquella vía, perdía toda posibilidad de poder detenerse a tiempo. Tanto hubiera valido decir no importa qué, sin otra intención que poner las palabras a prueba. Pero, lejos de condescender a estas precauciones, creyó conveniente, en un lenguaje cuya solemnidad contrastaba con su condición miserable, elevarse a una profanación que estuviese a la altura de la verosimilitud de sus palabras. Lo que ella le dijo tenía la forma de un lenguaje directo. Era un grito lleno de soberbia que resonaba en la vigilia con el carácter mismo del sueño.

—Sí, dijo ella, quisiera verte cuando estás solo. Si al menos pudiera encontrarme ante ti, completamente ajena a ti, tendría alguna oportunidad de reunirme contigo. Pero en cambio sé que no te alcanzaré nunca. La única posibilidad de disminuir la distancia que nos separa sería alejarme infinitamente. Aunque ya estoy infinitamente lejos y no puedo alejarme más. Desde el momento en que te toco, Thomas...

Apenas pronunciadas, estas palabras la extasiaron: vio como él se iluminaba. Con la cabeza echada hacia atrás, su garganta emitía un ruido muy dulce que conjuraba los recuerdos; ahora no tenía ninguna necesidad de gritar, sus ojos se cerraban, su espíritu estaba ebrio; su respiración se hizo lenta y profunda, sus manos se enlazaron: aquello, razonablemente, debía durar eternamente. Pero como si el silencio hubiese sido también una invitación a volver (pues no le comprometía a nada), ella se dejó arrastrar, abrió los ojos, reconoció la habitación y, una vez más, todo volvió a empezar. Que no hubiera obtenido la explicación deseada, esta decepción la dejaba indiferente. Aunque ya no le era posible pensar hasta que él no le revelara aquello que, para ella, era una especie de secreto y para él no tenía de ninguna manera el carácter de un secreto. Por el contrario, fijándose a la idea que lo que pudiera decir perduraría a pesar de todo, insistía en hacerle saber que, aunque ella no ignoraba la extraordinaria distancia que les separaba, se obstinaría hasta el final por mantener un contacto con él, y si había en todo ello algo de desvergonzado, había también algo muy tentador en su ansiedad por decir que aquello que hacía era insensato y que sin embargo lo hacía con conocimiento de causa. ¿Pero podría creerse que aquello por infantil que fuera, pudiera hacerlo por sí misma? Hablar, sí, podía ponerse a hablar, con el mismo sentimiento de culpabilidad que un cómplice que traiciona a su compañero, no ya confesando lo que sabe —pues no sabe nada—, sino confesando lo que no sabe, pues no había manera, para ella, de decir nada que fuese verdad o que

tuviese apariencia de serlo; y sin embargo, lo que decía, sin hacerle entrever por ningún resquicio la verdad, sin darle en compensación la menor luz sobre el enigma, la encadenaba tan fuertemente, más fuertemente quizá que si hubiera confesado la intimidad de las cosas secretas. Lejos de poder deslizarse por los senderos perdidos donde habría tenido la esperanza de acercarse a él, no hacía más que perderse en su itinerario guiada por una ilusión que, incluso a sus ojos, no era más que una ilusión. A pesar del oscurecimiento de su vista, se daba perfecta cuenta de que su proyecto era pueril y que además cometía una grave falta sin intención; aunque pensase también —y ésa era precisamente la falta— que desde el momento en que cometía una falta por su causa o acerca de él, provocaba entre ellos relaciones que él no podría dejar de tener en cuenta. Pero no adivinaba menos cuán peligroso era ver en él a un ser que había conocido acontecimientos sin duda diferentes de los demás, aunque en el fondo análogos a los de todos, y sumergirle en la misma agua que había resbalado sobre ella. En cualquier caso era una gran imprudencia mezclar el tiempo, su tiempo personal, con aquel que sentía horror del tiempo, y sabía que no podía resultar nada bueno para su propia infancia de la imagen caricaturesca —y pero aun si la imagen era perfecta— que daría de la infancia aquel que no podía tener un carácter histórico. La inquietud se apoderó de ella como si el tiempo hubiese estado ya corrompido, como si todo su pasado, cuestionado de nuevo, se hubiese ofrecido a un futuro árido e irremediamente culpable. Y ni siquiera podía consolarse pensando que, siendo arbitrario todo lo que debía decir, el riesgo mismo era ilusorio. Sabía por el contrario, sentía, con una angustia que parecía amenazar su vida misma, pero que era más preciosa que su vida, que aunque no debió decir nada verdadero de cualquier manera que hablase, se exponía, al no retener más que una versión entre tantas otras, a perder los gérmenes de verdad sacrificados. Y sentía además, con una ansiedad que amenazaba su pureza pero que le aportaba una pureza nueva, que iba a verse forzada, incluso si trataba de protegerse detrás de la evocación más arbitraria y más inocente, a introducir en su relato algo serio, una reminiscencia impenetrable y terrible, de manera que a medida que esta falsa figura emergiera de la sombra, adquiriendo con una minuciosidad inútil una precisión cada vez mayor y cada vez más artificial, ella misma, la narradora, condenada de antemano y entregada a los demonios, se ligaría de una manera irremisible a una figura verdadera de la que sin embargo no sabría nada.

—Lo que eres —dijo ella... Y diciendo estas palabras parecía danzar a su alrededor, rehuyéndole y empujándole a la vez a una trampa imaginaria para lobos—. Lo que eres...

No podía hablar, y sin embargo hablaba. Su lengua vibraba de tal manera que parecía expresar sin palabras el sentido de las palabras. Después, bruscamente, se dejó arrastrar por un flujo de palabras que pronunciaba con una voz casi inaudible, con inflexiones distintas, como si no tratara más que de divertirse con los ruidos y las explosiones de las sílabas. Se hubiera dicho que, hablando un lenguaje cuyo carácter

infantil no permitía que se lo tuviera por un lenguaje, daba a las palabras insignificantes el aspecto de palabras incomprensibles. No decía nada, pero no decir nada era para ella un modo de expresión demasiado significativo, por debajo del cual lograba decir menos todavía. Se alejaba indefinidamente de su balbuceo para entrar en otro menos grave todavía, que sin embargo ella rechazaba como demasiado grave, preparándose, por una retirada sin fin más allá de toda seriedad, el reposo en la puerilidad absoluta, hasta que su vocabulario, a fuerza de nulidad, tomó la apariencia de un sueño que era la voz misma de la seriedad. Entonces, como si en el seno de esta profundidad se hubiese sentido repentinamente vigilada por la atención de una conciencia implacable, tuvo un sobresalto, lanzó un grito, abrió unos ojos de una terrible clarividencia y, suspendiendo un instante su relato:

—No, dijo, no es eso. Lo que tú eres verdaderamente...

Ella misma adoptaba una apariencia pueril y frívola. Bajo el aire afligido que desde hacía unos instantes cubría su rostro, se adivinaban expresiones que la hacían parecer ausente. Aspecto tan ligero que al mirarla no llegaban a llamar la atención sus rasgos ni el conjunto de su persona. Con mayor razón era difícil recordar lo que decía y atribuirle un sentido. Ni siquiera podía saberse de qué hablaba. De pronto parecía dirigirse a Thomas, aunque el solo hecho de que ella se dirigiese a él impedía distinguir a su verdadero interlocutor. De pronto, no se dirigía a nadie y, por vano que fuera entonces su ceceo, llegaba un momento en que, llevada por aquel vagabundeo sin fin ante una realidad sin razón, se detenía bruscamente, emergiendo desde el fondo de su frivolidad con un rostro espantoso. La solución siempre era la misma. Se esforzaba en vano en buscar lo más lejos su itinerario y perderse en digresiones infinitas —podía ser que el viaje durase su vida entera—, sabía que se acercaba a cada paso del instante en que debería no sólo detenerse, sino suprimir su camino, ya porque hubiera encontrado lo que no hubiera debido encontrar, ya porque no pudiera encontrarlo nunca. Y no le era posible abandonar su proyecto. Pues, ¿cómo habría podido callarse, ella, cuyo lenguaje estaba varios grados por debajo del silencio? ¿Dejar de estar allí? ¿Dejar de vivir? Otras tantas estratagemas irrisorias que no hubieran conseguido más que precipitar, con su muerte, cerrando todas las salidas, la carrera eterna en el laberinto del que, mientras tenía la perspectiva del tiempo, conservaba la esperanza de salir. Tampoco era consciente de que se estaba acercando insensiblemente a Thomas. Le seguía, paso a paso, sin darse cuenta, o si se daba cuenta, queriendo dejarle y huir de él, necesitaba hacer un esfuerzo cada vez mayor. Su lasitud se hizo tan abrumadora que se contentó con insinuar la huida y permaneció pegada a su lado, con los ojos brillantes, implorándole, suplicándole, que pusiera fin a aquella situación, tratando todavía, inclinándose sobre aquella boca, de formular palabras para continuar, cueste lo que cueste, su relato, el mismo relato que hubiera querido borrar y olvidar consagrándole sus últimas fuerzas.

En aquel estado de abandono se dejó arrastrar por el sentimiento de la duración. Sus manos se crisparon suavemente, sus pasos la abandonaron y se deslizó en un

agua pura donde, de un instante a otro, franqueando destellos de eternidad, parecía pasar de la vida a la muerte y, cosa peor, de la muerte a la vida, en un sueño atormentado, reabsorbido por un sueño apacible. Después, de repente, entró con un fragor de tormenta en una soledad hecha de la supresión de todo espacio y, desgarrada violentamente por la exhortación de las horas, se descubrió. Fue como si se encontrase en un verde valle donde, invitada a ser el ritmo personal, la cadencia impersonal de todas las cosas, se convertía, con su edad y su juventud, en la edad y la ancianidad de los demás. Primero descendió al fondo de una jornada completamente extraña a las jornadas humanas y, entrando con toda seriedad en la intimidad de las cosas puras, elevándose después hacia el tiempo soberano, ahogada entre los astros y las esferas, lejos de conocer la paz de los cielos, se echó a temblar entristecida. Fue durante aquella noche y aquella eternidad cuando se preparó a devenir el tiempo de los hombres. Erró sin descanso a lo largo de pasillos vacíos, iluminados por los reflejos de una luz que continuamente se hurtaba mientras la perseguía sin ganas, con la obstinación de un alma perdida de antemano, incapaz de recobrar la razón de aquellas metamorfosis y la finalidad de aquella marcha silenciosa. Pero, cuando pasó ante una puerta que parecía la de Thomas, reconociendo que la trágica explicación continuaba, vio claramente que ya no discutía con él por medio de palabras y pensamientos, sino por el tiempo mismo que la desposaba. Ahora, cada segundo, cada suspiro —y era ella, nadie más que ella— atacaban sordamente la vida impasible que él le oponía. Y en cada uno de sus razonamientos, más misteriosos todavía que su existencia, él descubría la presencia mortal de adversario, de aquel tiempo sin el cual, inmovilizado para siempre, no pudiendo volver de las profundidades del futuro, habría estado condenado a ver sobre su desolada cima, como el águila profética de los sueños, extinguirse la luz de su vida. Razonaba, por lo tanto, y en lo más íntimo de su argumento lo absoluto contradictorio; pensaba y en el fondo de su pensamiento el enemigo y tema de todo pensamiento, su antagonista perfecto, ocasionalmente Anne, y recibéndola misteriosamente en él, se vio enfrentado por primera vez con un diálogo serio. En aquellas condiciones ella penetró, forma indecisa, en la existencia de Thomas. Todo parecía desolado y sombrío. Orillas desiertas donde se disgregaban lentamente, abandonadas después de un naufragio grandioso por el mar retirado para siempre, ausencias cada vez más profundas. Pasó a través de extrañas ciudades muertas donde, en lugar de formas petrificadas, de circunstancias momificadas, encontró una necrópolis de movimientos, de silencios, de vacíos; tropezó con la extraordinaria sonoridad de la nada que está hecha del anverso del sonido y, ante ella, se extendieron ruinas admirables, el sueño sin sueños, el desvanecimiento que entierra a los muertos en una vida de ensueño, la muerte por la que cada hombre, hasta el espíritu más débil, deviene el espíritu mismo. En aquella exploración que había emprendido con tanta ingenuidad, creyendo encontrar la frase decisiva sobre sí misma, se reconoció apasionadamente en busca de la ausencia de Anne, de la nada más absoluta de Anne.

Creyó comprender —oh cruel ilusión— que la indiferencia que discurría a lo largo de Thomas como un agua solitaria, venía de la infiltración, en regiones donde ella no habría debido penetrar jamás, de la ausencia fatal que había conseguido romper todas las barreras, de manera que, queriendo ahora descubrir aquella ausencia desnuda, aquel negativo puro, el equivalente de la pura luz y del profundo deseo, debería someterse a grandes pruebas para alcanzarla. Durante vidas enteras tuvo que pulir su pensamiento, desembarazarse de todas las miserables escorias, el espejo que se refleja, el prisma con sol interior: necesitaba un yo sin la soledad del cristal, sin aquel ojo afectado desde hacía tanto tiempo de estrabismo, ojo cuya suprema belleza consiste en bizquear lo más posible, el ojo del ojo, el pensamiento del pensamiento. Hubiera podido imaginársela corriendo de cara al sol y arrojando en cada recodo del camino, en un abismo cada vez más ávido, una Anne cada vez más pobre y más rara. Se la habría confundido con aquel mismo abismo donde, manteniéndose despierta en el interior del sueño, el espíritu liberado del saber, sin luz, no aportando en su encuentro con el pensamiento nada que pensar, se preparaba a alejarse tanto de ella misma que al contacto de la desnudez absoluta, pasando maravillosamente a través, pudo reconocer en ella su pura y propia transparencia. Dulcemente, provista del único nombre de Anne que debía servirle para volver a la superficie después de la zambullida, dejó subir la marea de las primeras, de las groseras ausencias —ausencia de ruido, el silencio, ausencia de ser, la muerte—; pero después de aquella nada tan tibia y tan fácil donde habitaba Pascal, atormentado ya sin embargo, se sintió atrapada por las ausencias de diamante, la ausencia de silencio, la ausencia de muerte, donde no podía sentir el suelo bajo sus pies más que con ayuda de las nociones inefables, los yo no sé qué, fénix de un fragor inaudito, las vibraciones que hacen estallar el éter de los sonidos más desgarradores e incluso, superándoles en su impulso, los sonidos mismos. Y cayó en los círculos mayores, análogos a los del Infierno, pasando, relámpago de razón pura, por el momento crítico donde es necesario, sólo un instante, permanecer en el absurdo y, habiendo abandonado lo que todavía puede representarse, añadir indefinidamente la ausencia a la ausencia y a la ausencia de la ausencia, y a la ausencia de la ausencia de la ausencia, y así, con esta máquina aspirante, hacer desesperadamente el vacío. Entonces comienza la verdadera caída, aquella que se anula a sí misma; nada eternamente devorada por una nada más pura. Pero al llegar a aquel límite, Anne tomó conciencia de la locura de su tentativa. Todo lo que había creído suprimir de ella, tuvo la certeza de volver a encontrarlo tal cual. En aquel momento supremo de absorción, reconocía en lo más profundo de su pensamiento un pensamiento, el miserable pensamiento de que ella era Anne, la viva, la rubia y, oh horror, la inteligente. Las imágenes la petrificaban, la concebían, la producían. Le fue dado un cuerpo, un cuerpo mil veces más bello que el suyo, mil veces más cuerpo; era visible, irradiaba la materia más inalterable, era en el seno del pensamiento nulo la roca superior, la tierra deleznable, sin ázoe, de la que ni siquiera se hubiera podido hacer Adán; iba por fin a vengarse estrellándose con lo

incomunicable, con el cuerpo más grosero, el más feo, cuerpo de barro, con aquella idea vulgar que tenía ganas de vomitar, que vomitaba, aportando a la maravillosa ausencia su parte de excrementos. Entonces, desde las profundidades de lo desconocido, un ruido desgarrador resonó mientras aullaba Anne, Anne, con una voz furiosa. En medio de la indiferencia, ardió de una sola vez, cumplida antorcha, con toda su pasión, su odio por Thomas, su amor por Thomas. En el corazón de la nada, hizo intrusión como una presencia triunfante y se arrojó en su interior, cadáver, nada inasimilable, Anne que existía todavía y que no existía más, suprema burla al pensamiento de Thomas.

IX

Cuando volvió en sí, esta vez privada por completo del habla, carentes de expresión tanto sus ojos como sus labios, tendida todavía en el suelo, el silencio la descubrió hasta tal punto ligada al silencio, que se abrazaba a él furiosamente como a otra naturaleza cuya intimidad le hubiera provocado repugnancia. Parecía que durante aquella noche hubiera asimilado algo imaginario que le era como una espina de fuego y la forzaba a expulsar al exterior, como un desecho grosero, su propia existencia. Inmóvil contra la pared, el cuerpo confundido con el puro vacío, los muslos y el vientre unidos a una nada sin sexo y sin órgano, las manos estrechando convulsivamente una ausencia de manos, el rostro bebiendo lo que no era ni aliento ni boca, se había transformado en otro cuerpo cuya vida, penuria, indigencia supremas, la había convertido lentamente en la totalidad de aquello en que ella no podía convertirse. Allí donde estaba su cuerpo, su cabeza durmiente, allí estaba también ella, cuerpo sin cabeza, cabeza sin cuerpo, cuerpo miserable. Sin duda nada había cambiado en su aspecto, pero bastaba echarle una mirada, una mirada distraída, para descubrirla similar a cualquier otra; y al ser del todo imposible identificarla, en la semejanza perfecta de sus rasgos, en el barniz de naturalidad y sinceridad depositado por la noche, nacía el horror de verla tal y como había sido siempre, sin el menor cambio, a pesar de tener la seguridad de que había cambiado por completo. Espectáculo prohibido. Mientras que se hubiera soportado la vista de un monstruo, no había sangre fría que pudiera resistir la impresión de aquel rostro sobre el que durante horas, con una vigilancia inútil, el ojo trataba de distinguir un signo de estupefacción y sorpresa. Lo que se podía ver, de tan naturalmente familiar, devenía, por el solo hecho de que manifiestamente no era aquello lo que había que ver, un enigma que no sólo terminaba por cegar a los ojos, sino por hacerles experimentar ante esta imagen una verdadera náusea, expulsión de desechos de toda clase a la que se forzaba la mirada, tratando de descubrir en aquel objeto algo distinto de lo que podía verse en él. A decir verdad, si aquello que se había transformado por completo en un cuerpo absolutamente idéntico, la impresión de repugnancia impuesta a todos los sentidos forzados a considerarse como insensibles, si el carácter impalpable de la nueva persona que había devorado a la antigua dejándola tal y como era, si aquel misterio encerrado en la ausencia de misterio no hubiera explicado el silencio que se desprendía de la durmiente, se hubiera estado tentado de buscar en semejante calma los indicios sobre la tragedia de ilusiones y de mentiras que envolvían el cuerpo de Anne. Había, en efecto, en su mutismo, algo terriblemente sospechoso. Que no hablase, que guardara en su inmovilidad la discreción de alguien que, incluso, en la intimidad de sus sueños guarda silencio, era, en suma, natural y no era aquel sueño adicional el que podía traicionarla. Pero su silencio no tenía siquiera derecho al silencio, y a través de aquel estado absoluto se expresaba tanto la completa irrealidad de Anne como la presencia indiscutible e indemostrable de aquella Anne irreal, de la

que emanaba, a través de aquel silencio, una especie de terrible humor del que a duras penas se tenía conciencia. Se burlaba despectivamente, como si hubiese allí una muchedumbre de espectadores intrigados y conmovidos, de la posibilidad de ser vista; y una impresión de ridículo se desprendía de aquella pared contra la que estaba tendida en una actitud que se podía, ¡qué tontería!, tomar por el sueño de aquella habitación en la que estaba encerrada, envuelta en un abrigo de lana, y donde el día empezaba a penetrar con la intención irrisoria de poner fin a la noche proclamando esta consigna: «La vida continúa». Incluso sola, había a su alrededor una curiosidad insaciable y dolorosa, una sorda interrogación que tomándola como objeto, se dirigía también, indistintamente, a todas las cosas, de manera que ella existía como un problema capaz de matar, no a la manera de la esfinge, por la dificultad del enigma, sino por la tentación irresistible de resolver el problema en la muerte.

Cuando amaneció, y puesto que se despertaba, hubiera podido creerse que el día la sacaba del sueño. Sin embargo, el fin de la noche no explicaba que hubiese abierto los ojos, y su despertar no era más que un lento agotamiento, la marcha suprema hacia el reposo: le era imposible dormir por la acción de una fuerza que, lejos de oponerse a la noche, podía incluso llamarse nocturna. Se vio sola, pero a pesar de no poder levantarse más que en el mundo de la soledad, este aislamiento le seguía siendo extraño y, en la pasividad en que estaba sumida, carecía de importancia que su soledad estallase en ella como algo que no tenía necesidad de experimentar y que la arrastraba a un dominio alejado para siempre del día. Ni siquiera el dolor lo sentía ya como presente. Erraba alrededor de su persona como una forma ciega. Se adentraba en el terreno de la resignación donde ya no le era posible llamar y esperar respuesta. A través de la fatalidad traicionada, llegaba hasta el corazón de la joven y la conmovía por el sentimiento del abandono, por la inconsciencia que la sumía en el mayor desamparo. A partir de aquel instante, no tuvo ningún deseo de dilucidar, de ninguna manera, la situación en que se encontraba, y el amor se redujo a la imposibilidad de expresar y de sentir el amor mismo. Thomas entró. Aunque la presencia de Thomas no tenía ya en sí misma importancia. Era, por el contrario, terrible ver hasta qué punto se había marchitado el deseo de apreciar, incluso de la manera más banal, aquella presencia. No sólo todo motivo de una comunicación clara estaba destruido, sino que a Anne le parecía que el misterio de aquel ser se había transmitido a su propio corazón, allí donde él no podía ya ser apercibido más que como una cuestión eternamente mal planteada. Y él, por el contrario, en la silenciosa indiferencia de su llegada, aparecía con una claridad ofensiva, sin el menor, el más tranquilizante indicio de un secreto. Ella se esforzaba en vano contemplándole con las miradas emocionadas de su pasión decepcionada. Emergía de la noche como el menos oscuro de los hombres, bañado en la transparencia por el privilegio de estar por encima de toda interrogación, personaje transfigurado y grotesco, de ahí que ahora los problemas se esfumaban de la misma manera en que ella también se veía alejada de él por aquel espectáculo dramáticamente nulo, alejada de sí misma, donde

no había ni riqueza ni plenitud, sino el sopor de una melancólica saciedad, la certidumbre de que no sobrevendría ningún otro drama más que el transcurrir de un día donde se ahogaban esperanza y desesperanza, la inútil espera convertida, como consecuencia de la supresión de todo fin y del tiempo mismo, en una máquina cuyo mecanismo tenía por única función medir, en una exploración silenciosa, el movimiento vacío de sus diversas piezas. Descendió al jardín y allí pareció liberarse, al menos en parte, de la condición en que los acontecimientos de la noche la habían precipitado. La vista de los árboles la deslumbró. Sus ojos se turbaron. Lo raro ahora era la extrema debilidad que mostraba. Ya no había ninguna resistencia en su organismo y, con su piel diáfana, la inmensa palidez de sus miradas, parecía temblar de agotamiento cada vez que alguien o algo se aproximaba a ella. A decir verdad, uno podía preguntarse cómo soportaba el contacto del aire y los gritos de los pájaros. Por la manera en que se orientaba en el jardín, hubiera podido pensarse que se encontraba en otro jardín: y no es que se pasease, como una sonámbula, por entre las imágenes de su sueño, sino que conseguía avanzar, a través del campo lleno de vida, sonoro y soleado, hasta un campo baldío, sombrío y apagado que era una segunda versión de la realidad por la que atravesaba. En el momento en que se la veía detenerse, sofocada y respirando con dificultad el aire demasiado vivo que la azotaba, penetraba en una atmósfera enrarecida donde le bastaba, para retomar aliento, interrumpir toda respiración. A la vez que caminaba con dificultad por el camino donde a cada paso debía levantar su cuerpo, se internaba, cuerpo sin rodillas, por un camino en todo semejante al primero, por donde sin embargo sólo ella podía pasar. Aquel paisaje la descansaba y sentía el mismo alivio que si, volviendo del revés el cuerpo ilusorio cuya intimidad la abrumaba, hubiese podido, por relación al sol que la iluminaba como a un astro oscuro, exhibir, bajo la forma de su pecho visible, de sus piernas plegadas, de sus brazos colgantes, la amarga lasitud que le formaba en el fondo de ella misma una segunda persona absolutamente oculta. En aquel día devastador, podía confesar una repulsión y un horror cuyas dimensiones ninguna imagen podía circunscribir, y casi lograba dar a luz gozosamente larvas, una detrás de otra, con la forma de su rostro, de su esqueleto o del cuerpo completo, los sentimientos inexpresables que le habían provocado, por el horror que le inspiraba, el mundo total de las cosas repulsivas e insoportables. La soledad, para Anne, era inmensa. Todo lo que veía, todo lo que sentía, era el desgarramiento que la separaba de lo que veía y sentía. Las nubes fúnebres, aun cubriendo el jardín, permanecían no obstante invisibles en la neblina que las envolvía. El árbol, plantado a algunos pasos, era el árbol por relación al cual ella estaba ausente y distinta a todo. En todas las almas que la rodeaban como otros tantos claros a los que podía aproximarse tan íntimamente como a su propia alma, había, única claridad que permitía percibir las, una conciencia silenciosa, cerrada y desolada, y en la soledad que creaba a su alrededor el dulce campo de las relaciones humanas, entre infinitas relaciones llenas de armonía y de ternura, veía venir a su encuentro su mortal melancolía.

X

Cuando se la descubrió tendida sobre un banco del jardín, se la creyó desvanecida. Pero no estaba desvanecida, dormía, había entrado en el sueño por un reposo más profundo que el sueño. A partir de entonces, su marcha hacia la inconsciencia fue un combate solemne en el que, no cediendo a la modorra del adormecimiento, más que herida, muerta ya, defendió hasta el último momento su derecho a la consciencia y su parte de pensamientos lúcidos. No había ninguna complicidad entre ella y la noche. Desde que declinaba el día, escuchando el himno misterioso que la llamaba a otra existencia, se preparaba a una lucha de la que no podía salir vencida más que por la ruina completa de la vida. Los pómulos rojos, los ojos brillantes, tranquila y sonriente, reunía valientemente todas sus fuerzas. Y el crepúsculo se esforzaba en hacerle oír su canto culpable; aunque en vano, aprovechando la oscuridad, se urdía un complot contra ella. Ningún bálsamo penetraba en su alma por la vía de la somnolencia, ningún simulacro de la santidad que se adquiere por el buen uso de las enfermedades. Se presentía que no entregaría a la muerte una Anne distinta y que, furiosamente intacta, conservando hasta el final todo lo que ella era, no aceptaría salvarse, por ninguna muerte imaginaria, de la muerte verdadera. La noche se prolongó y nunca una noche había sido tan dulce, tan perfecta para aplacar a una enferma. El silencio discurrió, y la soledad henchida de amistad, la noche henchida de esperanza, abrazaron el cuerpo tendido de Anne. Velaba sin delirio. Ni sombras narcotizadas ni esas caricias sospechosas que permiten a la oscuridad magnetizar a aquellos que se resisten al sueño. La noche obraba noblemente con Anne, y aceptaba el combate con las mismas armas de la joven: la pureza, la confianza, la paz. Era agradable, infinitamente agradable, sentir alrededor de sí, en un momento de tanta debilidad, un mundo hasta aquel punto desprovisto de artificio y de perfidia. Qué hermosa era aquella noche sin dulzura, noche clásica que el miedo no volvía opaca, que ahuyentaba los fantasmas, que borraba también la falsa belleza del mundo. Todo lo que Anne amaba todavía, el silencio y la soledad, se llamaba noche. Todo lo que Anne detestaba, el silencio y la soledad, se llamaba también noche. Noche absoluta donde no había más términos contradictorios, donde los que sufrían eran felices, donde el blanco encontraba con el negro una sustancia común. Y noche, no obstante, sin confusión, sin fantasma, ante la cual, sin cerrar los ojos, encontraba la noche personal que le procuraban habitualmente sus párpados al cerrarse. Con plena conciencia, con plena lucidez, sentía cómo su noche se sobreponía a la noche. Se descubría en aquella gran noche exterior, en lo más íntimo de ella misma, sin necesidad, para obtener la calma, de pasar por un alma amargada y atormentada. Estaba enferma, pero aquella enfermedad que no era la suya, que era la salud del mundo, ¡qué buena era! ¡Qué puro el sueño que la envolvía!, que no era el suyo, que se confundía con la suprema conciencia de todas las cosas. Y Anne se dormía.

Durante los días que siguieron, entró en un estado de paz delicioso en que pareció

a todos bañada en la embriaguez de la curación. Ante aquel espectáculo magnífico experimentó también en sí misma aquel goce del universo, pero como un goce helado. Y esperó que lo que no podía ser ni un día ni una noche diera comienzo. Algo que era el preludio, no ya de una curación, sino de un estado sorprendente de fuerza, se deslizó a su lado. Nadie comprendía que ella iba a pasar por el estado de salud perfecta, por un punto maravillosamente equilibrado de la vida, péndulo que iba de un mundo a otro mundo. Ella sola, a través de las nubes disipadas rápidamente por encima de su cabeza, con la velocidad de una estrella, vio acercarse el momento en que, volviendo a tomar contacto con la tierra, recobraría la existencia banal, no vería nada, no sentiría nada; donde podría vivir, vivir por fin, y quizá incluso morir, episodio maravilloso. Percibió a lo lejos a aquella Anne bien dispuesta, a la que no conocía, a través de la cual iba a pasar con el corazón alegre. ¡Ah!, instante tan brillante. Desde las profundidades de las tinieblas, una voz le dijo: Ve.

Su verdadera enfermedad dio comienzo. Raramente vio amigos, y los que venían todavía dejaron de preguntarle por su estado. Todos comprendieron que los cuidados no triunfarían ya sobre el mal. Pero Anne vio en eso otro desprecio y sonrió. Cualquiera que fuese su suerte, había en ella más vida y fuerza que nunca. Inmóvil durante horas, durmiendo, con la fuerza, la rapidez y la agilidad en su sueño se asemejaba a un atleta que se hubiera quedado largo tiempo tendido, y su reposo era similar al reposo de todos los hombres que son superiores corriendo o luchando. Acabó por concebir en su cuerpo un extraño sentimiento de orgullo; gozó admirablemente de su ser; un sueño profundo le hizo sentir que estaba todavía viva, completamente viva y que lo estaría mucho más todavía si pudiese eliminar las complacencias y las esperanzas fáciles. Momentos misteriosos durante los cuales, privada de todo coraje e incapaz de movimiento, parecía no hacer nada; mientras que realizando un trabajo infinito no paraba de arrojar por la borda pensamientos de viva, pensamientos de muerta, para abrirse en ella una morada de extremo silencio. Después, los astros funestos aparecieron y tuvo que apresurarse: se privó de sus últimos placeres, se deshizo de sus últimos sufrimientos. La incertidumbre estaba en saber dónde desembocaría. Se ahogaba. Dios mío, se encuentra bien; no, no lo está; está perfectamente desde el punto de vista del ser, ha elevado a lo más alto el placer del espíritu más grande cuando encuentra su más bello pensamiento. Está; no, está bien, se tambalea, se cierne sobre ella el trueno de las sensaciones, se ahoga, grita, se tiende, vive. ¡Qué felicidad! Le dan de beber; llora; le consuelan. Todavía es de noche. Sin embargo debía darse cuenta: en torno a ella cambiaban muchas cosas, y un clima desolador la rodeaba, como si espíritus sombríos hubiesen tratado de infundirle sentimientos inhumanos. Lentamente se apartaban de ella, con un protocolo implacable, la ternura y la amistad del mundo. Si pedía las flores que le gustaban, le ofrecían rosas artificiales sin perfume y sin la posibilidad de ofrecerle el placer, únicos seres más efímeros que ella, de declinar, de marchitarse, de morir ante sus ojos. Su habitación se hizo inhabitable: expuesta por primera vez al Norte, con una

única ventana donde daba solamente el último sol del día, privada cada día de un objeto grato, era evidente que aquella habitación estaba siendo desamueblada clandestinamente para que le viniera el deseo de abandonarla lo antes posible. También el mundo estaba siendo devastado. Habían emigrado las dulces estaciones, rogando a los niños que fueran a gritar su alegría a otra parte, convocada en la calle toda la cólera de las ciudades, y una muralla infranqueable de sonidos desgarradores la separaba de los hombres. A veces abría los ojos y miraba con sorpresa: no sólo cambiaban las cosas, también los seres que le eran más queridos cambiaban; ¿cómo dudarlo?, se daba hacia ella una trágica disminución de ternura. En adelante su madre, hundida durante horas en su sillón sin decir una palabra, con la cara pálida, cuidadosamente despojada de todo lo que la hubiera podido hacer amable, no le dejaba traslucir de su emoción más que un sentimiento que le afeaba, en un momento en que ella tenía necesidad, como nunca en su vida, de cosas jóvenes y bellas. Lo que había amado en otro tiempo en su madre, la alegría, la risa y las lágrimas, todas las expresiones de la infancia reproducidas en un adulto, había desaparecido de aquel rostro que no expresaba más que fatiga, y sólo lejos de allí podía imaginarla de nuevo capaz de llorar, de reír —reír ¡qué maravilla!, ya nadie reía allí—, madre de todo el mundo menos de su hija. Anne levantó la voz y le preguntó si había ido a bañarse. «Calla, le dijo su madre. No hables, vas a fatigarte». Evidentemente no había que hacer confidencias a una moribunda, no hay relaciones posibles entre ella y los que se divierten, los que viven. Suspiró. Sin embargo su madre se le parecía, incluso añadía cada tarde un rasgo nuevo a aquella semejanza. Contrariamente a la regla, era la madre la que tomaba por modelo el rostro de la hija, le envejecía, le mostraba cómo sería ella a los sesenta años. Aquella Anne obesa, con el pelo y los ojos grises, sería Anne seguramente si cometía la locura de escapar a la muerte. Inocente comedia: Anne no se engañaba a sí misma. A pesar de todo lo que hacía la vida por hacerse detestar, ella continuaría amándola. Estaba dispuesta a morir, pero moría amando las flores, incluso artificiales, sintiéndose terriblemente huérfana en la muerte, lamentando apasionadamente aquella Anne fea e impotente que ya no sería nunca. Todo lo que le era insidiosamente propuesto para que no se diese cuenta de lo mucho que perdía al dejar el mundo, aquella complicidad de moralistas y médicos, la tradicional superchería del sol, de los hombres que ofrecen el último día, como último espectáculo, las imágenes y los rostros más feos en reductos oscuros donde es bien evidente que se muere contento de morir, todas aquellas supercherías fracasaban. Era completamente viva como Anne quería pasar a la muerte, esquivando los estados intermedios que son el tedio y el desapego a la vida. Sin embargo, asediada por la insensibilidad, acechada por sus amigos que, con un aire inocente, la ponían a prueba diciéndole: «No podemos venir mañana, excúsanos», y que a continuación, como ella respondiera como una verdadera amiga: «No tiene importancia, no os preocupéis», pensaban: «Cómo se vuelve insensible, ya no se interesa por nada», ante esta triste conjuración para reducirla a los sentimientos que, antes de morir, debían degradarla y

hacer superfluas las lamentaciones, llegó la hora en que se vio traicionada por su pudor, por su discreción, precisamente por lo que conservaba de su manera de ser habitual. Muy pronto dirían: «Ya no es la misma, más vale que muera», luego: «¡Qué liberación para ella si muriese!». Dulce, irresistible presión, ¿cómo defenderse? ¿Qué le quedaba para demostrar que no había cambiado? En el momento en que, a cada instante, hubiera debido arrojarse al cuello de sus amigos, decir a su médico: «Salvadme, no quiero morir» —con esta condición quizá se la habría considerado todavía parte del mundo—, se contentaba con acoger con un cabeceo a los que entraban, ofreciéndoles lo que tenía más precioso, una mirada, un pensamiento, puros movimientos, no hacía mucho, todavía signos de simpatía verdadera, pero que ahora parecían la fría reserva de alguien como mínimo reñido con la vida. Semejantes escenas le apesadumbraron y comprendió que a un agonizante no se le pide discreción ni delicadeza, sentimientos que convienen a las civilizaciones en buena salud, sino la grosería y el frenesí. Ya que ésa era la ley, ya que ésa era la única manera de demostrar que no había tenido nunca tanto apego por todo lo que la rodeaba, le asaltó el deseo de vociferar, dispuesta a reforzar de un golpe cada lazo, a ver en sus seres queridos seres cada vez más queridos. Por desgracia era demasiado tarde: ni su rostro, ni su cuerpo acompañaban a sus sentimientos, y ya no le era posible mostrarse jovial con alegría. Ahora, a todos los que venían con prisas, no importaba quién, eso no tenía ya importancia, les expresaba, con sus ojos cerrados y sus labios apretados, la mayor pasión que jamás fue sentida. Y, no bastándole la emoción para decir a todos cuánto les amaba, recurrió a los movimientos más duros y más fríos de su alma. En verdad que se endurecía. Hasta aquel momento, le quedaba el sufrimiento. Sufría por abrir los ojos, sufría por recibir las más dulces palabras: única manera, para ella, de conmoverse; y nunca había habido más sensibilidad en aquella mirada que compraba al precio de crueles desgarramientos el solo placer de ver. Pero ahora, ya casi no sufría; su cuerpo alcanzaba el ideal de egoísmo que es el ideal de todo cuerpo: era el más duro en el momento de convertirse en el más débil, cuerpo que no gritaba bajo los golpes, no debía nada al mundo, haciéndose, al precio de la belleza, igual a una estatua. Aquella dureza pesó terriblemente sobre Anne; sintió como un vacío inmenso la ausencia de todo sentimiento, y la angustia la atenazó. Entonces, bajo la forma de esta pasión primordial, no teniendo más que un alma silenciosa y sombría, un corazón vacío y muerto, ofreció su ausencia de amistad como la amistad más verdadera y más pura; aceptó, en aquella región oscura donde nadie la turbaba, responder a la afección banal de los suyos con aquella duda suprema sobre su ser, con la conciencia desesperada de no ser ya nada, con su angustia; hizo el sacrificio, sacrificio lleno de extrañeza, de su certidumbre de existir para dar un sentido a aquella nada de amor en que se había convertido. Y así, en el fondo de ella misma, muerta y enterrada, se formó la pasión más profunda. A los que lloraban por ella, fría e inconsciente devolvía por centuplicado lo que le habían dado, consagrándoles el presentimiento de su muerte, su muerte, el sentimiento puro, nunca

tan puro, de su existencia en el torturado presentimiento de su inexistencia. Extraía de sí misma no las débiles emociones, la tristeza, las lamentaciones, que constituían el lote de los que le rodeaban, accidentes insignificantes que no corrían peligro de cambiarles, sino la única pasión capaz de amenazar su ser mismo, aquella que no está permitido enajenar y que continuará ardiendo cuando todas las luces se hayan apagado. Por primera vez elevaba a su verdadero significado la palabra entregarse: ella entregaba a Anne, entregaba mucho más que la vida de Anne, entregaba, don último, la muerte de Anne; se separaba de su sentimiento terriblemente fuerte de ser Anne, terriblemente angustiado de ser Anne amenazada de muerte, y lo transformaba en el sentimiento mucho más angustioso todavía de no ser ya Anne, sino su madre, su madre amenazada de muerte, el mundo entero a punto de ser aniquilado. Nunca en aquel cuerpo, ideal de mármol, monstruo de egoísmo, que precisamente hacía de su inconsciencia el símbolo de su conciencia alienada en última promesa de amistad, había habido más ternura y nunca en aquel pobre ser reducido a menos que la muerte, despojado de su tesoro más íntimo, su muerte, obligado a morir no personalmente, sino por intermedio de todos los demás, había habido más ser, más perfección de ser. Había alcanzado, así, su realización: su cuerpo era el más fuerte, el más feliz; aquella existencia, tan indigente y limitada que ni siquiera podía recibir su contrario, la no-existencia, era precisamente lo que buscaba. Era precisamente lo que le permitía ser igual, hasta el final, a todos los demás, plenamente en forma para desaparecer, extremo vigor para el último combate. Durante los instantes que siguieron, una extraña ciudadela se elevó alrededor de Anne. No se parecía a una ciudad. No había casas, ni palacios, ni construcción de ninguna clase; era más bien un inmenso mar, aunque las aguas fuesen invisibles y la orilla evanescente. En aquella ciudad, erigida lejos de todas las cosas, triste y último sueño perdido en medio de las tinieblas, mientras el día tocaba a su fin, se elevaban dulcemente los sollozos, en la perspectiva de un extraño horizonte, como algo que no podía representarse, ni siquiera era un ser humano, sino únicamente ser, maravilloso ser, entre las efemérides y los soles declinantes, con los átomos agonizantes, las especies condenadas, las enfermedades vencidas, Anne remontaba el curso de las aguas donde se debatían oscuros gérmenes. ¿Adónde llegó? No hubo medio de saberlo, pero mientras se confundían en una sombría y vaga inconsciencia los prolongados ecos de aquella enorme noche, buscando y gimiendo con un llanto que parecía la trágica destrucción de algo no-vivo, entidades vacías se despertaron y, como monstruos que cambiaban incesantemente su ausencia de forma por otras ausencias de forma, domando el silencio mediante terribles reminiscencias de silencio, se propagaron en una misteriosa agonía. Lo que eran aquellas formas, seres, entidades funestas, no sabría decirse, pues ¿podemos representarnos nosotros, en pleno día, algo que no sea el día, algo que en una atmósfera de luz y limpidez represente el estremecimiento de horror de donde ha salido el día? Y sin embargo ellos, insidiosamente, se dieron a conocer, en el umbral de lo irremediable, como las oscuras leyes llamadas a desaparecer con

Anne. ¿Qué consecuencias tuvo esta revelación? Se dijo que todo había terminado, pero también que todo recomenzaba. El tiempo, desatando sus lazos, la hizo rodar en un pasado inmenso y, aunque no pudo abandonar totalmente el espacio donde todavía respiraba, la arrastró a valles insondables donde el mundo parecía haber vuelto al momento de su creación. La vida de Anne —y esta palabra resonaba en aquel medio sin vida como un desafío— participó en el primer rayo arrojado eternamente en medio de las nociones indolentes. Fuerzas vivificantes la bañaron, como si hubieran encontrado de repente, en su seno condenado a muerte, el sentido buscado en vano de la palabra vivificante. El capricho, que hilvanaba la infinidad de sus combinaciones para conjurar el vacío, se adueñó de ella, y si no perdió entonces toda existencia, su sufrimiento fue peor, su cambio mayor que si realmente, en su tranquilo estado humano, hubiera abandonado la vida, pues no hubo absurdo al que no escapase y se convirtió, durante el intervalo de un tiempo simulado por la fusión de la eternidad y de la idea de la nada, en todos los monstruos con los que la creación ensayaba en vano. De repente —y nunca nada fue más brusco— el ajedrez del azar dio fin y lo que de ningún modo podía esperarse, una mano misteriosa hizo realidad. Momento increíble en que ella reapareció bajo su propia forma, pero instante maldito, pues aquella combinación única, entrevista en un abrir y cerrar de ojos, se disipó en un abrir y cerrar de ojos, y las leyes inquebrantables que ningún naufragio había podido sumergir fueron rotas, cediendo el paso a un capricho ilimitado. Acontecimiento tan grave que nadie a su lado percibió y, aunque la atmósfera fuese pesada y curiosamente corrompida, nadie sintió qué había de extraño. El médico se inclinó y creyó que se moría según las leyes de la muerte, sin ver que había alcanzado el instante en que eran las leyes las que morían en ella. Hizo un movimiento imperceptible, nadie comprendió que ella se debatía en el instante en que la muerte, destruyendo todo, podía destruir también la posibilidad de la aniquilación. Sola, vio aproximarse el momento del milagro y no recibió ninguna ayuda. ¡Oh suprema necedad de aquellos que están siendo desgarrados por el dolor! Nadie pensó, junto a la que estaba bastante menos que moribunda, que estaba en realidad muerta, en multiplicar los gestos absurdos, en colocarse, liberándose de todo convencionalismo, en las condiciones de la creación primera. Nadie solicitó la presencia de los seres falsos, los hipócritas, los seres equívocos, todos aquellos que se burlan de la idea de razón. Nadie se atrevió a decir en aquel silencio: «Démonos prisa y, antes de que se enfríe, empujémosla a lo desconocido. Hagamos sobre ella la oscuridad para dejar a la ley abandonarse deslealmente a lo imposible. Y nosotros también apartémonos, perdamos toda esperanza: la esperanza misma debe ser olvidada».

Anne abría en aquel momento los ojos. No había en efecto ninguna esperanza. Aquel momento de suprema distracción, aquella trampa en que caen aquellos que casi han vencido a la muerte, mirando, supremo retorno de Eurídice, una última vez hacia lo que se puede ver, Anne también acababa de caer en ella. Abría los ojos sin la menor curiosidad, con la lasitud de quien sabe perfectamente de antemano lo que va a

ofrecérsele a la vista. Allí estaba, en efecto, la habitación, su madre, su amiga Louise, Thomas. Dios mío, aquello era todo. Todos a los que amaba estaban allí. Era absolutamente necesario que su muerte pareciera un adiós solemne, que todos recibiesen su apretón de manos, su sonrisa. Y era verdad que les estrechaba la mano, les sonreía, les amaba. Respiraba lentamente. Tenía el rostro vuelto hacia ellos como si hubiera querido verlos hasta el último momento. Todo lo que había que hacer, ella lo hacía. Como todo moribundo, se iba observando los ritos, perdonando a sus enemigos, amando a sus amigos, sin confesar, secreto que nadie confiesa, que todo aquello era ya insignificante. Ella no tenía ya importancia. Les miraba con una mirada cada vez más modesta, con una mirada sencilla que para ellos, humanos, era una mirada vacía. Les apretaba la mano cada vez más débilmente, con una presión que no dejaba señal, presión para ellos insensible. No hablaba. Aquellos últimos instantes no debían dejar ningún recuerdo. Su rostro, sus hombros, debían hacerse invisibles, como conviene a algo que se desvanece. Su madre gemía: «Anne, ¿me reconoces? Respóndeme, apriétame la mano». Anne oía aquella voz: todo es inútil, su madre no era más que un ser insignificante. Oía también a Thomas; precisamente ahora sabía lo que había que decir a Thomas, conocía exactamente las palabras que toda su vida había buscado para estar a su nivel. Pero callaba, pensaba: todo es inútil —estas palabras eran también las palabras que buscaba—, Thomas es insignificante. Durmamos.

XI

Cuando Anne estuvo muerta, Thomas no abandonó la habitación y parecía profundamente afligido. Aquel dolor causó a todos los que allí estaban gran pena y tuvieron el presentimiento de que lo que él se decía en aquel momento presagiaba un drama, cuyo solo pensamiento les consternó. Tristemente, se retiraron y quedó solo. Lo que él se dijo entonces, podría creerse que de ningún modo podía decirse, pero decidió hablar como si sus pensamientos tuvieran alguna posibilidad de ser oídos, dejando de lado la extraña verdad a la que parecía estar encadenado.

«Yo presentía, dijo, que Anne había premeditado su muerte. Esta noche estaba tranquila y hermosa. Sin esa coquetería que hace disimular a los muertos su verdadero estado, sin esa última cobardía que les hace esperar la muerte de la mano del médico, en un instante se ha dado una muerte completa. Me he acercado a este cadáver perfecto. Los ojos se habían cerrado. La boca no sonreía. No había en el rostro ningún reflejo de vida. Cuerpo sin consuelo, no oía la voz que preguntaba: “¿Es esto posible?”; y nadie osó decir de ella lo que se dice de los muertos sin valor, aquello que Cristo dijo, para humillarla, de la joven que no era digna del sepulcro: duerme. Ella no dormía. Ella tampoco había cambiado. Ella se había detenido en el punto en que no se asemejaba más que a sí misma y en que su rostro, sin más expresión que la de Anne, turbaba todas las miradas. Le cogí la mano. Posé mis labios sobre su frente. La traté como a una viva y, como era la única muerta que tenía todavía un rostro y una mano, mis gestos no parecían insensatos. ¿Tenía entonces la apariencia de la vida? ¡Ay! Todo lo que le impedía distinguirse de una persona real, era lo que verificaba su aniquilamiento. Estaba toda en sí misma: en la muerte, sobreabundante de vida. Parecía más dura, más dueña de sí. Ninguna Anne sobraba en el cadáver de Anne. Todas habían sido indispensables para reducirla a nada. La celosa, la pensativa, la violenta, sólo habían servido una vez para configurar su muerte. Al final parecía necesitar más ser para ser aniquilada que para ser y, muerta precisamente por aquella sobreabundancia que le permitía mostrarse por completo, daba a la muerte toda la realidad y toda la existencia que atestiguaban su propia nada. Ni impalpable ni disuelta en las sombras, se imponía a los sentidos cada vez con más fuerza. A medida que su muerte se hacía más real, ella crecía, engordaba, se hundía en su lecho como en una profunda tumba. Atraía, ella tan desdibujada, todas las miradas. Los que estábamos a su lado nos sentíamos oprimidos por aquel ser enorme. Nos ahogábamos, faltos de aire. Y lo que sólo los portadores de ataúdes pueden saber, que los muertos doblan de peso, que son los más grandes y los más fuertes de todos los seres, cada uno de nosotros lo descubría con angustia. Cada uno cargaba con su parte de aquel muerto evidente. Su madre, viéndola tan parecida a una viva, levantó ingenuamente su cabeza y no pudo soportar el enorme peso, prueba de la destrucción de su hija. Después, me quedé solo junto a ella. Estaba seguramente muerta desde aquel instante en que hubiera podido creerse que me había tomado ventaja. Pues

morir había sido su astucia para dar a la nada un cuerpo. En el momento en que todo se destruía, ella había hecho lo más difícil, y no es que hubiera extraído algo de nada, acto sin consecuencias, sino que había dado a la nada, en su forma de nada, la forma de algo. El acto de no ver tenía ahora su ojo cabal. El silencio, el verdadero silencio, aquel que no está hecho de palabras calladas, de pensamientos posibles, tenía una voz. Su rostro, cada vez más bello, edificaba su ausencia. Ninguna parte de ella misma que fuese todavía el sostén de una realidad cualquiera. Fue entonces, su historia y la historia de su muerte desvanecidas a un tiempo y nadie en el mundo para nombrar a Anne, cuando alcanzó el momento de inmortalidad de la nada donde lo que ha dejado de ser entra en un sueño sin pensamiento. Era verdaderamente de noche. Yo estaba rodeado de astros. La totalidad de las cosas me envolvió y me preparé a la agonía con la conciencia exaltada de no poder morir. Pero, en aquel momento, lo que hasta entonces sólo ella había entrevisto se nos manifestó a todos: yo les revelé, en mí, lo extraño de su condición y la vergüenza de una existencia interminable. Seguramente yo podía morir, pero la muerte brillaba pérfidamente para mí como la muerte de la muerte, de modo que, convirtiéndome en el hombre eterno que toma el lugar del moribundo, ese hombre sin crimen, sin razón para morir que es todo hombre que muere, moría yo, muerto tan extraño a la muerte que atravesaba mi instante supremo en un tiempo en que ya no era posible morir, y vivía sin embargo todas las horas de mi vida en la hora en que ya no podía vivirlas. ¿Quién, más que yo, fue despojado del último minuto lleno de esperanza, hasta ese punto privado del último consuelo que el recuerdo ofrece a los desesperados, a aquellos que han olvidado precisamente la felicidad y se arrojan de lo alto de la vida para recordar sus placeres? Y sin embargo yo era verdaderamente un muerto, era incluso el único muerto posible, era el único hombre que no dio la impresión de morir por azar. Toda mi fuerza, el sentimiento que tenía de ser, mientras tomaba la cicuta, no sólo Sócrates muriendo, sino Sócrates y Platón a un tiempo, esa certidumbre de no poder desaparecer que tienen sólo los seres aquejados de una enfermedad mortal, esa serenidad ante el patíbulo que da a los condenados su verdadero porte, hacía de cada instante de mi vida el instante en que iba a dejar la vida. Todo mi ser pareció confundirse con la muerte. Tan naturalmente como los hombres creen vivir, aceptando como un movimiento inevitable la sucesión del aliento y la circulación de la sangre, dejaba yo de vivir. Recibía la muerte de mi misma existencia y no de la ausencia de la existencia. Yo ofrecía un muerto que no se limitaba a la apariencia de un ser disminuido, y ese muerto, lleno de pasiones pero insensible, reclamando su pensamiento a una falta de pensamiento y sin embargo apartando con cuidado lo que hubiera podido tener de vacío, de negación en la vida para no hacer de su muerte una metáfora, una imagen todavía más debilitada de la muerte habitual, representaba en su punto culminante la paradoja y la imposibilidad de la muerte. ¿Qué me distinguía entonces de los vivos? Precisamente el que ni noche, ni pérdida de conocimiento, ni indiferencia me reclamasen fuera de la vida. ¿Y qué me distinguía de los muertos

sino un acto personal en el que en todo momento, a despecho de las apariencias que generalmente bastan, debía encontrar el sentido y la explicación definitiva de mi muerte? No se quiso creer nada de esto, pero mi muerte era la misma cosa que la muerte. Frente a los hombres que no saben más que morir, que viven hasta el final, vivos a los que alcanza, ligero accidente, el término de su vida, yo no tenía más que la muerte como índice antropométrico. Y esto es precisamente lo que ha hecho mi destino inexplicable. Bajo el nombre de Thomas, en ese estado elegido en que podía nombrármeme y describírmeme, tenía el aspecto de un vivo cualquiera, pero como yo no era real más que con el nombre de muerto, dejaba transparentar, sangre mezclada a mi sangre, el espíritu funesto de las sombras, y el espejo de cada uno de mis días reflejó las imágenes superpuestas de la muerte y de la vida. De este modo mi suerte asombró a las masas. Aquel Thomas me forzó a parecer, mientras estaba vivo, no ya el muerto eterno que era y sobre el que nadie podía dirigir la mirada, sino un muerto ordinario, cuerpo sin vida, sensibilidad insensible, pensamiento sin pensamiento. En el grado más alto de la contrariedad fui aquel muerto ilegítimo. Representado en mis sentimientos por un doble para el que cada sentimiento era tan absurdo como podía serlo para un muerto, alcancé, en el colmo de la pasión, el colmo de la extrañeza y me mostré satisfecho con la condición humana por haberla cumplido verdaderamente. Siendo, en cada acto humano, el muerto que a la vez lo hace posible e imposible, y, si caminaba, si pensaba, aquél cuya completa ausencia permite por sí sola el paso y el pensamiento, a diferencia de los animales, seres que no llevan en ellos su doble muerte, perdí mi última razón de ser. Hubo entre nosotros un trágico intervalo. Hombre sin ninguna parcela de animalidad, con mi voz que ya no cantaba, que ni siquiera hablaba como la del ave cantora, dejé de poder expresarme. Pensaba, fuera de toda imagen y de todo pensamiento, en un acto que consistía en ser impensable. En todo momento yo era ese hombre puramente humano, ejemplar único de individuo supremo por el que cada cual se cambia a la hora de morir y que muere solo en el lugar de todos. Conmigo la especie murió por completo una y otra vez. Mientras que si se hubiera dejado a esos seres heterogéneos que son los hombres morir a su antojo, se les habría visto sobrevivir miserablemente en jirones divididos entre los diversos géneros, reconstruidos en una mezcla de insecto, de árbol y de tierra, yo desaparecía sin dejar rastro y cumplía con mi oficio de muerto único a la perfección. Fui, por tanto, el único cadáver de la humanidad. Contrariamente a aquellos que dicen que la humanidad no muere, demostré, en cada circunstancia, que sólo la humanidad puede morir. Representé a cada uno de esos pobres moribundos, tan feos, en el instante pleno de hermosura en que, renunciando a todos sus lazos con las demás especies, y no solamente al mundo, sino al chacal, a la hiedra, se convierten únicamente en hombres. Estas escenas brillan todavía en mí como soberbias fiestas. Me acercaba a ellos y su ansiedad crecía. Aquellos miserables que se convertían en hombres experimentaban, al sentirse hombres, el mismo terror que Isaac sobre la hoguera al convertirse en carnero. Ninguno de ellos reconocía mi presencia y sin embargo había

en ellos, en lo más íntimo de ellos mismos y como un ideal funesto, un vacío que les tentaba, que sentían como una persona de una realidad tan completa y tan importante que no podían más que preferirla a cualquier otra, incluso al precio de su existencia. Entonces se abrían las puertas de la agonía y caían en su error. Se disminuían, se esforzaban en reducirse a nada para corresponder a aquel modelo de nada que tomaban por el modelo de la vida. No amaban más que la vida y luchaban contra ella. Perecían por un ansia tan viva de vivir que la vida les parecía aquella muerte cuya proximidad presentían, de la que creían huir arrojándose a su encuentro y que reconocían sólo en el último instante cuando una voz les decía: «Demasiado tarde», y yo ya les suplantaba. ¿Qué sucedía entonces? Cuando la guardia volvía de su ronda se encontraba con alguien que no se parecía a nadie, un extraño sin rostro y todo lo contrario de un ser. Y la amiga más fiel, el mejor hijo, ante aquella forma extraña veían alterarse sus sentidos y, a aquel que más amaban dirigían una mirada de espanto, una mirada fría, irreconocible, como si la muerte no hubiera hecho presa en su amigo, sino en sus sentimientos, y fueran ellos ahora, ellos los vivos, los que cambiaban tan profundamente que hubiera podido llamarse aquello una muerte. Incluso entre ellos se alteraban las relaciones. Si se tropezaban era temblando, creyendo experimentar un contacto desconocido. Cada uno, en una soledad y una intimidad completas, se convertía para el otro en el único muerto y el único sobreviviente. Y cuando el que lloraba y el llorado se confundían, no eran más que uno sólo, entonces estallaba la desesperación, el momento más extraño del duelo, mientras en la cámara mortuoria los más allegados se adueñan de aquél del que se les priva, se sienten de la misma sustancia, tan respetables como él, e incluso se consideran como el auténtico muerto, el único digno de imponerse a la tristeza común. Entonces, todo les parece sencillo. Devuelven al difunto, después de haberlo rozado como una realidad escandalosa, su naturaleza familiar. Dicen: «Nunca he comprendido mejor a mi pobre marido, mi pobre padre». Se imaginan comprenderle, no sólo cómo era vivo, sino como muerto, teniendo de él el mismo conocimiento que un árbol vigoroso tiene de la rama cortada por la savia que todavía le resbala. Después, a la larga, los vivos asimilan completamente a los desaparecidos. Pensar en los muertos pensando en uno mismo se convierte en la fórmula de la paciencia. Se los ve entrar triunfalmente en la existencia. Los cementerios se vacían. La ausencia sepulcral vuelve a ser invisible. Se desvanecen las extrañas contradicciones. Y es en un mundo armonioso donde todos continúan viviendo, inmortales hasta el final.

»La certeza de morir, la certeza de no morir, esto es lo que queda para la mayoría de la realidad de la muerte. Pero aquellos que me han contemplado, han sentido que la muerte podía también asociarse a la existencia y formar esta frase rotunda: la muerte existe. Han tomado por costumbre decir de la existencia todo lo que para mí podían decir de la muerte y en lugar de murmurar: “Existo, no existo”, de mezclar los términos en una misma y feliz combinación, de decir: «Existo, no existiendo», y también: «No existo, existiendo», sin que hubiese aquí el menor intento por

aproximar palabras contrarias frotándolas una contra la otra como si fuesen piedras. Fue implorándola con voces que afirmaban por turno y con la misma pasión: existe siempre, no existas jamás, como mi existencia adquirió, a sus ojos, un carácter fatal. Parecía que caminaba cómodamente sobre los abismos y que penetraba de una pieza, no medio-fantasma medio-hombre, en mi perfecta nada. Especie de ventrílocuo integral, allí, donde gritaba, era donde no estaba y estaba, en todas partes igual al silencio. Mi palabra, como hecha de vibraciones demasiado altas, devoró primero el silencio y a continuación la palabra. Hablaba, e inmediatamente después me situaba en el centro de la intriga. Me arrojaba en el puro incendio que me consumía al mismo tiempo que me hacía visible. Me hacía transparente a mi propia mirada. Ved a los hombres: el puro vacío apremia a su ojo a llamarse ciego y una coartada perpetua entre la noche de afuera y la noche de adentro le permite durante toda la vida la ilusión del día. Para mí esta ilusión, de modo inexplicable, parecía provenir de mí mismo. Me encontré con dos rostros pegados el uno al otro. Tocaba a la vez las dos orillas. Con una mano mostrando que estaba sin duda allí, con la otra, ¿qué digo?, sin la otra, con aquel cuerpo que, superpuesto a mi cuerpo real, resultaba por entero de una negación del cuerpo, me daba la refutación más certera. Teniendo dos ojos, uno de los cuales de una extrema agudeza de visión, era con el que no era ojo más que por su rechazo de ver con el que veía todo lo que era visible. Y lo mismo para todos mis órganos. Tuve de mí una parte sumergida y fue aquella parte perdida en un continuo naufragio a la que debí mi dirección, mi semblante y mi necesidad. Hallé mi prueba en aquel movimiento hacia lo inexistente, donde, en lugar de degradarse, la prueba de que existía se reforzaba hasta la evidencia. Hice un supremo esfuerzo para mí mantenerme más acá de mí mismo, lo más cerca posible del lugar de los gérmenes. Ahora bien, lejos de alcanzar, hombre hecho, adolescente, protoplasma, el estado de lo posible, me dirigía hacia algo ideal y entreví, en aquellos bajos fondos, la figura extraña de aquel que yo era realmente y que no tenía nada en común con un hombre ya muerto o un hombre todavía por nacer: compañero admirable con quien deseaba con todas mis fuerzas confundirme, pero separado de mí, sin ningún camino para conducirme hasta él. ¿Cómo alcanzarle? Matarme, absurda estratagema. Entre aquel cadáver, semejante a un vivo, pero sin vida, y este innombrable, semejante a un muerto, pero sin muerte, no veía ningún lazo de parentesco. Ningún veneno para unirme a aquel que no podía soportar un nombre, ni ser designado por lo contrario de su contrario, ni concebido como una relación con cualquier cosa. La muerte era una metáfora grosera al lado de la nulidad incuestionable que yo ligaba sin embargo al nombre de Thomas. ¿Era una quimera, este enigma, obra de una palabra malignamente formada para destruir todas las palabras? Pero si yo avanzaba en mí mismo, apresurándome en una vasta labor hacia mi exacto mediodía, experimentaba, como una trágica certeza en el centro de Thomas vivo, la proximidad inaccesible de aquel Thomas nada, y cuanto más disminuía la sombra de mi pensamiento, más me concebía, en aquella luminosidad sin tacha, como el huésped posible y lleno de

deseos de aquel oscuro Thomas. En la plenitud de mi realidad, creía alcanzar lo irreal. Oh conciencia, no era cuestión de imputarte en forma de ensoñación, de desvanecimiento, la laguna, aquello que no pudiendo ser asimilado a la muerte habría debido pasar por algo peor, tu propia muerte. ¿Qué digo? La sentía ligada, aquella nada, a tu extrema existencia como una condición inexcusable. Sentía que entre tú y ella se anudaban irrefutables razones. Todos los acoplamientos lógicos eran incapaces de expresar aquella unión en que, sin pues ni por qué, a la vez como causa y como efecto, os volvíais a encontrar inconciliables e indisolubles. ¿Era eso tu contrario? No, ya lo he dicho. Pero parecía que sí, falseando un poco la ligazón de las palabras, hubiera buscado lo contrario de tu contrario, habría llegado, perdiendo el buen camino y sin volver sobre mis pasos, progresando admirablemente de ti, conciencia, que eres a la vez existencia y vida, a ti, inconciencia, que eres a la vez realidad y muerte, habría llegado, forzado entonces a un terrible incógnito, a una imagen de mi enigma que hubiese sido a la vez nada y existencia. Y, con esas dos palabras, hubiera podido destruir para siempre lo que significaba una por lo que significaba la otra, y lo que significaban las dos, y habría destruido al mismo tiempo, por su oposición, lo que había de contrario en esos contrarios, y habría acabado, amasándolos constantemente a fin de fundir aquello que tenían de palpable, por resurgir lo más cerca de mí mismo, Harpagón que de repente encuentra su ladrón y se agarra por el brazo. Fue entonces cuando, en el interior de una profunda gruta, se me reveló la locura del pensador taciturno; y unas palabras ininteligibles resonaban en mis oídos mientras yo escribía en la pared estas dulces palabras: «Pienso, luego no existo». Estas palabras me procuraron una visión deliciosa. En medio de un inmenso campo, una lupa reluciente recibía los rayos dispersos del sol y, gracias a esos fuegos, ella tomaba conciencia de sí misma como de un yo monstruoso, pero no en los puntos en que los recibía, sino en el punto en que los proyectaba y los unía en un haz único. En ese foco, centro de una terrible incandescencia, estaba maravillosamente activa, resplandecía, ardía, devoraba; el universo entero se hacía llama en el punto en que ella lo tocaba; y sólo lo abandonaba una vez destruido. Sin embargo, observé que aquel espejo era como un animal vivo consumido por sus propios fuegos. La tierra que abrazaba era todo su cuerpo reducido a polvo y, de aquella llama perenne, extraía, en un torrente de azufre y oro, la consecuencia de su total aniquilamiento. Entonces empezó a hablar y su voz parecía salir del fondo de mi corazón. Pienso, dijo, reúno todo lo que es luz sin calor, rayos sin brillo, productos no refinados, los mezclo y conjugo, y en una primera ausencia de mí mismo, me descubro en el seno de la intensidad más viva como una unidad perfecta. Pienso, dijo, soy el sujeto y el objeto de una irradiación todopoderosa; sol que emplea toda su energía tanto en hacerse noche como en hacerse sol. Pienso: allí donde el pensamiento se me añade yo puedo sustraerme del ser, sin disminución ni cambio, por una metamorfosis que me conserva a mí mismo fuera de todo refugio donde ocultarme. Ésta es la propiedad de mi pensamiento, no ya de asegurarme de la existencia, como todas las cosas, como la piedra, sino de

asegurarme del ser en la nada misma y convidarme a no ser para hacerme sentir así mi admirable ausencia. Pienso, dijo Thomas, y aquel Thomas invisible, inexpresable, inexistente en que me convertí, hizo que en adelante no estuviera nunca donde estaba, y ni siquiera en eso hubo nada de misterioso. Mi existencia se hizo por completo la de un ausente que, a cada acto que yo ejecutaba, producía el mismo acto pero sin ejecutarlo. Andaba contando mis pasos y mi vida era la de un hombre estrictamente hundido en el asfalto, que no tenía piernas, que no tenía siquiera la idea del movimiento. Bajo el sol avanzaba el único hombre que el sol no iluminaba, y aquella luz que se evitaba a sí misma, aquel calor tórrido que no era calor, provenía, sin embargo, de un verdadero sol. Miré delante de mí: una joven estaba sentada en un banco; me acerqué; me senté a su lado. No había entre nosotros más que un débil intervalo. Incluso cuando ella volvía la cabeza podía verme por entero. Ella me veía a través de mis ojos que cambiaba por los suyos, a través de mi rostro que era casi su rostro, a través de mi cabeza que se situó fácilmente sobre sus hombros. En aquel instante ella me desposaba. De una sola mirada se fundió conmigo y, en aquella intimidad, descubrí mi ausencia. La sentí inhibida, temblorosa. Adiviné su mano presta a acercarse para tocarme, pero la única mano que ella hubiera deseado tomar era inasible. Comprendí que buscaba apasionadamente la causa de su turbación, y cuando vio que no había en mí nada de anormal, le invadió el miedo. Yo era similar a ella. Mi extrañeza tenía por causa todo aquello que hacía que no le pareciese extraño. Encontraba con horror en todo lo que ella tenía de ordinario la fuente de todo lo que yo tenía de extraordinario. Yo era su trágico sosias. Si ella se levantaba sabía, al verme levantar, que aquél era un movimiento imposible, pero sabía también que para ella era un movimiento muy simple y su horror alcanzaba el paroxismo porque no había ninguna diferencia entre nosotros. Me llevé la mano a la frente, hacía calor, y mesé mis cabellos. Ella me miró con lástima. Tenía lástima de aquel hombre sin cabeza, sin brazos, completamente ausente del verano, que se secaba el sudor al precio de esfuerzos inimaginables. Después me contempló una vez más y el vértigo se apoderó de ella. ¿Qué había, pues, de insensato en mi gesto? Era algo absurdo que no explicaba nada, algo cuya absurdidad se destruía, absurdo de ser absurdo, parecido en todo a una cosa razonable. Yo ofrecía a aquella joven la experiencia de algo absurdo y aquello era una terrible prueba. Yo era absurdo, y no a causa de mi pie de cabra que me permitía andar con paso de hombre, sino a causa de mi anatomía regular y de mi musculatura completa que me permitían un paso normal, un paso, sin embargo, absurdo, y cuanto más normal era, más y más absurdo. Entonces la contemplé a mi vez: yo le aportaba el único verdadero misterio que consistía en la ausencia de misterio, que ella no podía más que buscar eternamente. Todo estaba claro, todo era simple en mí: no había nada oculto en el puro enigma. Yo le mostraba un rostro sin secreto, indescifrable; en mi corazón leía ella como no lo había hecho nunca en otro corazón; ella sabía por qué había yo nacido, por qué estaba yo allí, y cuanto más reducía en mí la parte desconocida, más aumentaban su turbación y su

miedo. Ella tenía la obligación de divulgarme, y me separaba de mis postreras sombras con el temor de verme sin sombra. Ella perseguía locamente aquel misterio; me destruía insaciablemente. ¿Dónde estaba yo para ella? Yo había desaparecido y sentía cómo se concentraba para arrojarse en mi ausencia como si fuera su espejo. En adelante allí estaba su reflejo, su forma exacta, su abismo personal. Se veía y se deseaba, se anulaba y se rechazaba, dudaba inefablemente de sí misma, cedía a la tentación de esperarse allí donde no estaba. Vi como sucumbía. Posé mi mano sobre sus rodillas.

»Estoy triste, la noche se acerca. Pero siento también lo contrario de la tristeza. Me encuentro en ese momento en que basta con experimentar un poco de melancolía para sentir odio y alegría a la vez. Siento ternura, no sólo por los hombres sino también por sus pasiones. Los amo amando los sentimientos por los que se los hubiera podido amar. Les aporto en segundo grado la devoción y la vida: para separarnos basta con lo que nos habría unido, la amistad, el amor. En el fondo de mí, cuando termina el día, se depositan extrañas emociones. Me amo a mí mismo con un ánimo detestable, me calmo con el temor, saboreo la vida con el sentimiento de quien está privado de ella. Todas estas pasiones, agolpadas en mí, producen lo que soy y el universo entero consume su furia para hacerme sentir vagamente como un ser insensible. Ahora la calma desciende con la noche. No puedo nombrar ningún sentimiento más. El estado en el que me encuentro podría llamarlo impasibilidad, pero también fuego. Lo que siento es la fuente de todo lo sentido, el origen que se cree insensible; es el movimiento indiscernible del placer y de la repulsión. Pues, a decir verdad, no siento nada. Habito en regiones en que lo que se experimenta no tiene relación alguna con lo experimentado. Desciendo al duro bloque de mármol con la sensación de deslizarme por el mar. Me ahogo en el mudo bronce. Alrededor el rigor, el diamante, el despiadado fuego, y sin embargo la sensación es la de la espuma. Ausencia absoluta de deseo. Ningún movimiento allí, ningún fantasma de movimiento, pero tampoco nada inmóvil. En esta penuria reconozco todas las pasiones de las que se me ha privado por un prodigio insignificante. Ausente de Anne, ausente de mi amor por Anne en la medida en que yo amaba a Anne. Y ausente doblemente de mí, transportado cada vez por el deseo más allá del deseo, destruyendo incluso ese Thomas inexistente que creía habitar plenamente. Ausente de esa ausencia, me retiro para siempre. Pierdo todo contacto con el horizonte del que huyo. Huyo de mi huida. ¿Dónde está el término? El vacío ya me parece el colmo de la plenitud; lo oía, lo sentía, lo consumía. Ahora soy como un animal al que espanta su propio salto. Caigo con el horror de mi caída. Aspiro vertiginosamente a arrojarme fuera de mí. ¿Es esto la noche? ¿He vuelto, distinto, adonde ya estaba? De nuevo, un momento supremo de calma. Silencio, asilo de transparencia para el alma. Esta paz me aterra. Siento, con la dulzura que me domina, un tormento que me consume. Si tuviera cuerpo me llevaría las manos al cuello. Quisiera sufrir. Quisiera prepararme una muerte sencilla con una agonía que me desgarrara. ¡Qué paz! Qué saturación de

placer. Ya no hay nada en mí que no se ofrezca a ese vacío futuro como a un goce espantoso. Ninguna noción, ninguna imagen, ningún sentimiento me sostiene. Mientras hace un momento no sentía nada, experimentando únicamente cada sentimiento como una gran ausencia, ahora, en la ausencia completa de sentimientos, experimento el sentimiento más fuerte. Me aterro con el terror que no siento. Terror, miedo, la metamorfosis atraviesa todo pensamiento. Me debato con un sentimiento que me revela que no puedo experimentarlo, y en ese momento es cuando lo experimento con una fuerza que hace de él un inexpresable tormento. Y esto no es nada, pues podría sentirlo distinto a como es, terror sentido como placer. Pero el terror estriba en que él es consciente de que ningún sentimiento es posible, como por lo demás ningún pensamiento ni consciencia. Y el peor terror es que al aprehenderlo, lejos de disiparse como si fuera un fantasma, se incrementa más allá de toda medida. Lo siento como si no lo sintiera, sin sentirlo, sin ser nada, y este absurdo es su monstruosa sustancia. Algo totalmente absurdo me sirve de razón. Tengo la sensación de estar muerto; no, tengo la sensación de estar, viviendo, infinitamente más muerto que muerto. Descubro mi ser en el abismo vertiginoso donde no está; ausencia, ausencia donde se aloja como un dios. No existo y sin embargo perduro; un futuro inexorable se extiende infinitamente ante este ser suprimido. La esperanza se vuelve horror por el tiempo que la arrastra. Todos los sentimientos rebosan y convergen destruidos, abolidos, hacia ese sentimiento que me modela, me hace y me deshace, y me hace sentir horriblemente, carente por completo de sentimiento, mi realidad en forma de nada. Sentimiento al que debo poner un nombre y que yo llamo angustia. Ya está aquí la noche. La oscuridad no oculta nada. Lo primero que noto es que esta noche no es la ausencia provisional de la claridad. Lejos de ser un lugar posible de imágenes, se compone de todo aquello que ni se ve ni se oye y, oyéndolo, hasta un hombre sabría que, si no fuera hombre, no oiría nada. A la auténtica noche le falta, pues, lo inaudito, lo invisible, todo lo que puede hacer la noche habitable. No se deja atribuir nada que no forme parte de ella; es impenetrable. Me encuentro realmente en el más allá, si el más allá es aquello que no admite más allá. Esta noche me aporta, junto con el sentimiento de que todas las cosas se han desvanecido, el sentimiento de que cualquier cosa me es inmediata. Es la relación suprema que se basta a sí misma, que me conduce eternamente a sí; y una oscura carrera de lo idéntico a lo idéntico me enseña el deseo de un admirable progreso. En esta repetición absoluta de lo mismo nace el verdadero movimiento que no conoce reposo. Me siento dirigido por la noche hacia la noche. Una especie de ser, hecho con los desechos del ser, se ofrece como blanco de mis demandas. Aquello que no se ve, no se comprende, no es, forma a mi lado el nivel de una noche distinta y sin embargo idéntica a la que inefablemente aspiro, a pesar de formar parte ya de ella. A mi alcance hay un mundo —lo llamo mundo como, muerto, llamaría a la tierra nada— Lo llamo mundo porque no hay otro mundo posible para mí. Y creo, como cuando uno se acerca a un objeto, que lo hago más próximo, aunque es él el que me abarca. Él, invisible y fuera del ser, me percibe

y me sostiene en el ser. Él mismo, quimera injustificable si yo no estuviese allí, lo distingo, no en la visión que tengo de él, sino en la visión y el conocimiento que él tiene de mí. Yo soy visto. Estoy destinado, bajo esa mirada, a una pasividad que en lugar de disminuirme me hace real. No trato ni de distinguirlo, ni de alcanzarlo, ni de suponerlo. Perfecto negligente, le conservo, gracias a mi distracción, el carácter de inaccesible que le es propio. Mis sentidos, mi imaginación y mi espíritu están muertos del lado por el que él mira. Lo percibo como la única necesidad, él que no es ni siquiera una hipótesis; como mi única resistencia, yo que me aniquilo. Yo soy visto. Poroso, idéntico a la noche que no se ve, soy visto. Tan imperceptible como él, sé que me ve. Él es incluso la última posibilidad que tengo de ser visto cuando ya no exista. Es esa mirada que continúa viéndome en mi ausencia. Es el ojo que mi desaparición, a medida que se hace más completa, exige cada vez más para perpetuarme como objeto de visión. En la noche somos inseparables. Nuestra intimidad es esta misma noche. Entre nosotros está suprimida toda distancia, pero para que no podamos acercarnos el uno al otro. Él es mi amigo, es la amistad que nos divide. Unido a mí, es la unión que nos distingue. Él es yo mismo, yo que no existo para mí. No tengo, en este momento, más existencia que para aquel que no existe para mí. Mi ser sólo subsiste bajo un punto de vista supremo que es precisamente incompatible con mi punto de vista. La perspectiva en la que me desvanezco ante mis propios ojos me restablece, imagen completa, ante el ojo irreal al que prohíbo toda imagen. Imagen completa por relación a un mundo sin imagen que me configura en ausencia de toda figura imaginable. Ser de un no-ser del que soy la ínfima negación que suscita como su profunda armonía. ¿Devendré el universo en la noche? Siento que en cada parte de mí, invisible e inexistente, soy soberanamente visible por entero. Maravillosamente ligado, ofrezco en una imagen única la expresión del mundo. Sin color, adherido en ningún modo imaginable, sin ser tampoco el producto de un poderoso cerebro, soy la única imagen necesaria. En la retina del ojo absoluto, soy la pequeña imagen invertida de todas las cosas. Le otorgo, a mi medida, la visión personal, no sólo del mar, sino del eco de la colina que resuena todavía del grito del primer hombre. Allí todo está claro, todo confuso. Una unidad perfecta, desde el prisma en que me encuentro, restituye la disipación infinita que permite verlo todo sin ver nada. Renuevo el grosero ensayo de Noé. Encierro en mi ausencia el principio de totalidad que sólo es real y sensible para el ser absurdo que desborda la totalidad, para el espectador absurdo que me compulsa, me ama y me atrae con fuerza a su absurdidad. En la medida en que está implícito en mí ese todo al que ofrezco, como el agua a Narciso, el reflejo en el que se desea, estoy excluido de todo y el todo mismo está excluido, y más aún el prodigioso ausente, ausente de mí y de todo, ausente también para mí y para el que, sin embargo, trabajo solo en esa absurdidad que él acepta. La misma proscripción lógica nos alcanza por igual a los tres, número ya de por sí monstruoso cuando uno de los tres es el todo. Estamos unidos por el fracaso mutuo en el que coexistimos, con la única diferencia de que sólo con relación a mi

contemplador soy un ser irrazonable que representa el todo fuera de sí; pero tampoco puedo ser irrazonable por relación a él si él mismo representa la razón de esta existencia ajena a todo. Ahora bien, esta noche avanzo, cargado con todo, hacia aquello que excede infinitamente todo. Progreso más allá de la totalidad que sin embargo abrazo estrechamente. Estoy en los márgenes del universo, yendo intrépidamente más allá de donde puedo estar, un poco por fuera de mis pasos. Esta ligera extravagancia, desviación hacia lo que no puede ser, no es sólo mi propio movimiento que me conduce a una demencia personal, sino también el movimiento de la razón que arrastro conmigo. Conmigo las leyes gravitan fuera de las leyes, lo posible fuera de lo posible. ¡Oh noche!, ahora ya nada me hará ser, nada me separará de ti. Me conformo perfectamente con la simplicidad a que me invitas. Me inclino ante ti, tu igual, ofreciendo un espejo a tu perfecta nada, a tus tinieblas que ni son luz ni ausencia de luz, a ese vacío que contempla. A todo lo que eres y, en nuestro lenguaje, a todo lo que no eres, yo añado una conciencia. Te hago sentir como un testimonio tu suprema identidad; te nombro y te defino. Tú te conviertes en una pasividad deliciosa. Tú alcanzas una posesión completa de ti misma en la abstinencia. Tú das al infinito el glorioso sentimiento de sus límites. ¡Oh noche!, yo te hago saborear tu éxtasis. Siento en mí la segunda noche que te anuncia la conciencia de tu aridez. Tú te ensanchas con nuevas restricciones. Tú te contemplas eternamente por mi mediación. Estoy contigo como si fueras mi obra. Mi obra... ¿Qué extraña luz me ilumina? El esfuerzo por alejarme de toda cosa creada, ¿habrá llegado a hacer de mí el supremo creador? Contra el ser, y con todas las fuerzas en tensión, me encuentro en el corazón de la creación. Yo mismo me he hecho creador contra el acto de crear. Heme aquí, consciente del absoluto como de un objeto que hago al mismo tiempo que me esfuerzo en no hacerme. Aquello que no ha tenido nunca principio me recibe en su eterno principio, a mí que soy la negación obstinada de mi propio principio. Soy por tanto el origen de aquello que no tiene origen. Yo creo aquello que no puede ser creado. Por una ambigüedad todopoderosa lo increado es para ambos la misma palabra. Yo soy la imagen de lo que él sería si no fuese. Como no es posible que él sea, yo soy en mi absurdidad su razón soberana. Yo le obligo a ser. ¡Oh noche!, yo soy él mismo. Así pues él me ha empujado a la trampa de su creación. Ahora es él el que me obliga a ser. Y yo soy su eterno prisionero. Me crea para él solo. Me hace a mí, la nada, semejante a la nada. Me entrega cobardemente a la alegría».

XII

Thomas se adentró en el campo y vio que la primavera empezaba. A lo lejos las charcas ofrecían sus aguas turbias, el cielo estaba resplandeciente, la vida era joven y libre. Cuando el sol se levantó sobre el horizonte, los géneros, las razas e incluso las especies futuras, representadas por los individuos sin especie, poblaron la soledad en un desorden lleno de esplendor. Libélulas sin élitros a las que faltaban diez millones de años para volar trataron de levantar el vuelo; sapos ciegos se arrastraban en el barro intentando abrir sus ojos capaces únicamente de visión en el futuro. Otros, cautivada la mirada en la transparencia del tiempo, obligaban al que los miraba a convertirse mediante una profecía suprema del ojo en visionario. Luz deslumbrante donde, iluminadas, bañadas por el sol, se agitaban todas las criaturas para recibir el reflejo de nuevas llamas. La idea de perecer acuciaba a la crisálida a devenir mariposa; la muerte para la oruga verde consistía en recibir las alas sombrías de la esfinge, y había en las efímeras una conciencia soberbia de desafío que daba la impresión embriagadora de que la vida duraría por siempre. ¿Podía el mundo ser más bello? A través de los campos se esparcía el ideal del color. A través del cielo transparente y vacío se esparcía el ideal de la luz. Los árboles sin frutos, las flores sin flores, llevaban al extremo de sus tallos el frescor y la juventud. En lugar de la rosa había en el rosal una flor negra que no se marchitaba nunca. La primavera envolvió a Thomas como una noche estrellada y se sintió suavemente atraído por aquella naturaleza que desbordaba felicidad. Un vergel se abrió para él en el seno de la tierra; los pájaros volaron en la nada y un mar inmenso se extendió a sus pies. Caminaba. ¿Era aquello el nuevo brillo de la luz? Parecía que, por un fenómeno que se esperaba desde hacía siglos, la tierra por fin le viese. Las primaveras se dejaron mirar por su mirada ciega. El cuco inició un canto imperceptible a sus oídos sordos. El universo le contemplaba. La urraca que había espantado no era más que un pájaro universal que gritaba al mundo profano. Una piedra rodaba atravesando una infinidad de metamorfosis cuya unidad era la del mundo en su esplendor. En medio de toda aquella agitación la soledad estalló. Vio surgir desde la profundidad del cielo un rostro radiante y celoso cuyos ojos absorbían todas las demás imágenes. Se oyó un ruido grave, armonioso, que resonaba en el interior de las campanas como un sonido que nadie puede oír. Thomas seguía su camino. La desgracia que se anunciaba aparecía todavía como un acontecimiento dulce y tranquilo. En los valles, sobre las colinas, su paso se extendía como un sueño sobre la tierra brillante. Era extraño pasar por entre una primavera embalsamada que rehusaba su perfume; contemplar flores que a pesar de sus vivos colores no podían ser vistas. Pájaros abigarrados, escogidos para formar el repertorio de los matices, alzaban el vuelo ofreciendo el vacío del rojo y del negro. Pájaros apagados, designados para ser el conservatorio de la música sin notas, cantaban la ausencia de canto. Se vio también a algunas efímeras volar con alas verdaderas porque iban a morir; y eso fue todo. Thomas echó a correr y, de

repente, el mundo dejó de oír el estruendo que atravesaba los abismos. Una alondra, que nadie oía, emitió unos sonidos agudos hacia un sol que no veía, y abandonó el aire y el espacio sin encontrar en la nada la cima de su ascensión. Una rosa que florecía a su paso rozó a Thomas con el destello de sus mil corolas. Un ruiseñor que le seguía de árbol en árbol, dejó oír su extraordinaria voz muda cantor mudo para sí y para los demás y cantor sin embargo de un canto admirable. Thomas se dirigía a la ciudad. No había ya ni ruido ni silencio. El hombre, sumergido por las olas que amontonaba la ausencia de corriente, hablaba a su caballo en un diálogo a una sola voz. La ciudad, que se expresaba en un monólogo estallando en mil voces, descansaba entre los escombros de imágenes luminosas y transparentes. ¿Dónde estaba entonces la ciudad? Thomas no encontró a nadie en el corazón de la aglomeración. Las enormes casas, con sus miles de habitantes, estaban desiertas, privadas de ese habitante primordial que es el arquitecto encerrado firmemente en la piedra. Ciudades inmensas no edificadas. Las construcciones se amontonaban unas contra otras. Nudos de monumentos y de edificios se formaban en las encrucijadas. Hasta donde alcanzaba la vista se levantaban lentamente diques inaccesibles de piedra, callejones que desembocaban en la aparición cadavérica del sol. Esta sombría contemplación no duró mucho. Millares de hombres, nómadas en sus casas, habitantes de ninguna parte, se propagaron hasta los confines del mundo. Se arrojaron, se hundieron en el suelo donde, emparedados entre los ladrillos firmemente cimentados por Thomas, mientras que la enorme masa de las cosas se resquebrajaba bajo una nube de ceniza, avanzaban arrastrando a su paso la inmensidad de la extensión. Mezclados con bocetos de creación, durante un ínfimo instante se sumaron a las montañas. Se elevaban como astros, asolando a su paso caprichoso la armonía universal. Con sus manos ciegas tocaban, destruyéndolos, los mundos invisibles. Soles que ya no brillaban se dilataban en sus órbitas. El gran día los abrazaba en vano.

Thomas seguía su camino. Como un pastor guiaba el rebaño de las constelaciones, la marea de los hombres-estrella, hacia la primera noche. La marcha era solemne y noble, pero ¿con qué fin y de qué forma? Ellos se creían todavía encerrados en un alma cuyos límites querían franquear. La memoria les parecía ese desierto de hielo, que un admirable sol fundía, donde reconquistaban, por el recuerdo sombrío, frío, separado del corazón que había amado, el mundo donde intentaban revivir. Aunque no tuviesen cuerpo gozaban de todas las imágenes que representaban un cuerpo, y su espíritu alimentaba el cortejo sin fin de cadáveres imaginarios. Pero poco a poco llegó el olvido. La memoria gigantesca donde se debatían entre espantosas intrigas se replegó sobre ellos y los expulsó de aquella ciudad donde todavía parecían respirar débilmente. Por segunda vez perdieron su cuerpo. Unos, absorta la mirada en el mar; otros, aferrándose obstinadamente a su nombre; todos perdieron la memoria del habla mientras repetían la palabra vacía de Thomas. El recuerdo se borró y, como la fiebre maldita que alimentaba en vano su esperanza,

como prisioneros sin otra cosa para evadirse que sus cadenas, trataron de remontarse hasta la vida que no podían imaginar. Pudo vérselos saltar desesperadamente fuera del recinto, flotar, deslizarse disimuladamente; pero cuando creían coronada su empresa tratando de componer con la ausencia de pensamiento un pensamiento más fuerte que devoraba leyes, teoremas, sabiduría, el guardián del imposible los sorprendía y se hundían en el naufragio. Caída interminable y dura: ¿habían llegado, como soñaban, a los confines del alma que ahora creían estar recorriendo? Lentamente despertaron de ese sueño y encontraron una soledad tan grande que miraron con indiferencia a los monstruos con los que se les había aterrorizado cuando eran hombres; no vieron ya nada y se quedaron allí, inclinados sobre su cripta en una profunda inercia, a esperar misteriosamente que la lengua que todo profeta ha sentido nacer en el fondo de su garganta, saliera del mar y les lanzara a la boca las palabras imposibles. Aquella espera, vapor funesto, exhalada gota a gota desde la cima de una montaña, parecía no tener fin. Pero cuando realmente desde las profundidades tenebrosas se oyó un grito prolongado que era como el final de un sueño, todos reconocieron el océano y adivinaron una mirada cuya inmensidad y dulzura despertó en ellos insoportables deseos. Por un instante volvieron a ser hombres, vieron en el infinito una imagen gozosa y, cediendo a una última tentación, se desnudaron voluptuosamente en el agua.

Thomas, también, contempló aquella marea de imágenes groseras; después, cuando llegó su turno, se arrojó en ella, aunque tristemente, desesperadamente, como si la vergüenza hubiese comenzado para él.



MAURICE BLANCHOT (Quain, cerca de Devrouze, Saona y Loira, 22 de septiembre de 1907 – Le Mesnil-Saint-Denis, Yvelines, 20 de febrero de 2003). Novelista y crítico, nació en 1907. Su vida está enteramente consagrada a la literatura y al silencio que le es propio. Estas dos escuetas frases han acompañado durante años las ediciones francesas de algunos de los libros de Blanchot. Se podría añadir ahora la fecha de su muerte: febrero de 2003. Nacido en Quain, una grave enfermedad sufrida al final de la adolescencia le dejará secuelas para el resto de sus días y acaso marcará su carácter frugal y retirado. En la Universidad de Estrasburgo leerá a Husserl y a Heidegger en compañía de Emmanuel Levinas, a quien desde entonces le unirá una íntima amistad. Vinculado durante su juventud a publicaciones ultranacionalistas de derechas, donde verán la luz algunos de sus primeros artículos, conoce en 1940 a Georges Bataille, con quien compartirá «el reconocimiento de una común extrañeza» y cuya influencia será decisiva para el decurso futuro de su obra y su orientación política radical de izquierdas. Al tiempo de la publicación de sus primeros relatos y novelas (*Thomas el Oscuro*, *Aminadab*), a finales de los años cuarenta, Blanchot inicia una intensa actividad como crítico literario, textos que irá reuniendo en sucesivos volúmenes: *Falsos pasos* (1943), *La parte del fuego* (1949), *Lautréamont y Sade* (1949), *El espacio literario* (1955), *El libro por venir* (1959), *El diálogo inconcluso* (1969) y *La amistad* (1973). Se trata de una escritura en la que Blanchot cuestiona permanentemente la posibilidad de la literatura, del escritor y de la obra, en una reflexión atravesada por las nociones de lo neutro, la soledad y la «desobra». A ésta consagrará uno de sus últimos escritos, *La comunidad inconfesable* (1983), en el

que se muestra la convergencia de su pensamiento literario y político.